

Comprado al Sr. P. Muñoz

*1 (866) Acosta
A 1887*

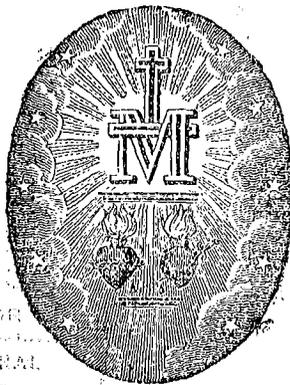
**EL DERRUMBE DE TAHUANDO
PARTE SEGUNDA.**

DEDICADA A S. S. LEON XIII

por el canónigo

DOR. ANTONIO ACOSTA.

Ibarra, 1887.



BIBLIOTECA N.
CARTO-REVISOR
COLECCION GENERAL
no. 6353 1990
PRECIO DONACION

IBARRA, Marzo de 1888.

Imprenta de Pedro T. Acosta.

0001645 - J



EL DERRUMBE DE TAHUANDQ.

INTRODUCCION.

*Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo
Este llano fué plaza, allí fué templo,
De todo apenas quedan las señales.*

RODRIGO CARO.

I

Una campiña varia, propia de ella,
Una vejetación bella,
Clima templado, trueno majestuoso,
Cielo de trópico y nevados Andes
Dan imágenes grandes
Al alma que las busca sin reposo.

II

Pero ante vos, Señor, todo es pequeño,
Todo pasado ensueño,
Vago, sombrío, tétrico, aun inundo;
La mente humana, de tí imagen pura,
Se mira ¡oh! desventura,
Ligada al barro y al vaiven del mundo,

III

En vano ¡oh gran Dios! aquí busqueos,
En vano los deseos
Solcitos han ido à gran altura
Que entre nevados picos se concentra;
En vano el alma entra
En regiones que estan sobre Imbabura.

IV

Cüantos en el mundo embobecidos,
En la nada perdidos,
Ya tiempo andan imágenes buscando,
Y ni ligeras hallan emociones
Al traves de ilusiones
Que forja lo que vive envelesando.

V

¿A dónde vuestro espíritu camina?
¿Qué viento le domina?
Se pinta en vuestros ojos la tristeza,
Se mira en ellos el raudal del llanto
Despuntar en quebranto,
Y à veces reflejar cierta fiereza.

VI

Aun esas almas que en afan tranquilo
Se levantan en vilo
Del Señor ante lúcidos altares,
¿Por qué suspiros ahogan? ¿qué devora
Sus espíritus ahora?
Olvidan el nectario de sus lares.

VII

¿Al cielo encamináis el pensamiento
Sin alas, sin aliento?
Do quier vayáis, dice la experiencia,
Daréis con el error; venid conmigo,
Os ofrezco un amigo
Que luego enseña la segura ciencia.

VIII

Ved: Dios sus ojos en el pan clavando,
Su poder invocando,
Un día de los grandes en la tierra,
Bercándole los vivos resplandores
Y pobres pescadores,
Fué allí el principio que la gloria encierra.

IX

Es la verdad eterna, es el camino,
Es el fuego divino,
Cuya excelencia es consumir los fuegos
En que arde el corazón pecaminoso;
Es el Amor hermoso,
Que da con su luz vista á los ciegos.

X

Su carne en este mundo lastimero
Es manjar verdadero
Y su sangre bebida verdadera,
Todo del alma para el bien celeste
De darle aquella veste
Con que se adorna el sol de primavera.

XI

Riquísimo, tesoros ahí prodiga
Cuando una mano amiga
De corazón ante él la mira alsada.
Poderosísimo, sus celestes dones
Va acopiando en regiones
Do el alma los encuentra en él confiada.

XII

Sapientísimo Médico del alma
Y del cuerpo, la calma
Da al instante con amor profundo,
Y luego medicinas perenales
Para crecientes males
Que remedio no tienen en el mundo.

XIII

Y de ser buen Pastor ha dado muestra
Bajando de la diestra
Del Padre; dándose por pasto él mismo ;
Al hombro con la oveja que ha salvado,
Su alta cruz por cayado,
Va por sobre la niebla del abismo.

XIV

En Dios, à quién el cielo humilde adora,
Lucirá en buena hora
El día que traerá la luz primera
De la felicidad tan requerida,
Aquella que no en vida
Se da sino en la patria verdadera

XV

A esa patria sublime de Dios santo,
Por la que dió su llanto
El Cordero sin mancha, iban ardiendo
En sacro fuego las Conceptas santas,
Y à las divinas plantas
Están divino amor luego ofreciendo.

XVI

Las que en manos de Dios el sacro voto,
En cuando el terremoto,
Con la muerte entregaron repentina,
Velen hoy por el santo monasterio
Que bajo del imperio
Se vió de Concepción pura, divina.

XVII

Ya no existe, Dios mío, tu portento,
El pensil que al acento
De tu voz producía gayas flores;
El fiero vendaval con el granizo
Tan cruel lo deshizo
De muerte entre los negros resplandores.

XVIII

"Solo quedan memorias funerales"
De Ibarra à los mortales;
Para siempre (dirán con un gemido)
Del monasterio ¡ay! sin la clausura
Mil vírgenes segura
Senda de salvación ¡ay! han perdido.

XIX

"Donde erraron ya sombras de alto ejemplo,"
Erraron, lo centemplo,
Los hombres que quitaron al precioso
Corazón de Jesús el pan sagrado
Que en inmortal agrado
A sus conceptas daba, fiel esposo.

LOS ARBOLES

De libertad sinónimo es Bolívar...
Árbol frondoso que para alto abrigo,
Y ornamento y fortuna de los Andes,
Fecundizan las aguas del Olimpo.

Tales voces resuenan: y el Deffrumba
Escuchándolas tierno, raudó el río
Suspendióse, era fama, hacia la orilla
Adornada de perlas, viendo altivo

Los manes de Bolívar, en quien todo
Aquel contorno como à ser divino
Contemplaba, y oyó que al fin decían:
Eres árbol triunfal que habla à los siglos:

Pasa el verano: la natura empieza
A recobrar pomposos atavios,
Y se alza de entre escombros adornada
La vida como un ángel peregrino.

¡Oh! seres animados y vivientes,
Arboles, del humano ser amigos
Sois, con él los trabajos de la vida
Para compartir siempre en modo activo.

Le obsequiáis el oxígeno que alienta
Su vida, os apropiáis muy compasivos
Del nocivo carbon, y una tabla
Al náufrago le dais en mar bravio

Cuán adornados de fastosas ramas
Le tendéis vuestros brazos con cariño
Para ora defenderlo de la lluvia,
Ora del sol quemante en el estío.

En aspirar y respirar, trabajo
Procuráis minucioso y esquisito
Para en desarrollo darle la madera
Con que cubra su albergue complacido.

Para el hogar y campos daisle fuego,
Musgos y filamentos para abrigo,
Para el recreo flores y sustento
En deliciosos frutos cuanto opimos.

Y líquidos y bálsamos preciosos
Para el dolor que busca lenitivo;
Gomas, resinas, tintas y colores,
¡Cuánto à las artes en afan prolijo!

Sus penachos, sus copas de esmeraldas
Los árboles levantan junto al río
De Taguando, y en ala fulgorosa
De la brisa se aduermen en olvido.

Son palacios suntuosos y teatro
De las aves que saltan con sus trinos,
Son gala de los campos, y ornamento
De jardines, de plazas, de cortijos.

Son ilusión, delicia del viajero,
«Esperanza que n o habla a los sentidos»
Paisaje que hacen para sí las nubes,
Y poesía del pincel de Urbino.

¿Y qué es un convento sino árbol
Que a grandes almas el poder divino
Sobre el mundo depara, donde aspiren
El suave incienso del celeste auxilio.

Si árboles terrenales tienen tanto
En cada parte de su todo altivo,
¿Qué será aquel plantado con esmero
Para acoger las almas de Dios mismo?

¿Aquel ... al vuelo de celestes brizas,
Que son el soplo del aliento vivo
Criador con el riego de la gracia
Que en la ribera corre a lo infinito?

¿Que será el cedro que su todo eleva
A gozar el balsámico rocío
De redentora sangre? ¿qué el lucero
Brillador en las' almas de Dios Hijo?

Con tiempo las elige, y generoso
Les da la vocación, y más prolijo
Sus anhelos inflama hacia lo eterno,
Las adorna por fin con su amorío.

Aveillas de Dios, de rama en rama
El fruto de su amor con un suspiro
De amor recogen, y al sagrado pecho
De Jesús vuelven con sonoros trinos.

Pajo los brazos de su cruz divina,
Árbol de gracia, poderoso signo;
Bajo el sol del amor inmaculado,
No les daña el furor del enemigo.

Mandó que à otros monasterios
De la misma órden se pidan
Monjas de coro que llenen
El número. Bien cumplida

La órden fué cuando llegaron
Las tres de Loja conspicuas,
Como tres àngeles puros,
A la destacada ruina.

Aquí de nuestra Imbabura
Hay cuatro de coro listas,
Y cinco que en gracia visten
El hábito de novicias;

En la Concepción de Quito
Dos de coro, dos benditás
Con una de blanco velo
Se encuentran quizá à pastilla;

Las cuales allá quedaron
Por mostrárseles la dicha,
Pero que vendrán en Dios
La obediencia al requerirlas.

Si hay nueve enteras de coro
Y cuatro Martas rollizas,
¿Cómo extinguir el convento?
¿Cómo à tanto la osadia.?

Y esto entre las pingües rentas
Que dos centurias ha Chica
Narvaez al monasterio
Dond del pais con envidia;

¡Ah! ésta venía tronando
Con la secular codicia,
Y el adelanto que tiene
La lengua bastante impfa.—

Oyendo yo con agrado
Al Derrumbe que me inspira,
Del Municipio al archivo
Volé en hora vespertina.

Venga un cuaderno, venga otro,
Y se me llega el polilla:
Fojea, fojea, y luego
Encuentra mi còrta vista:

De trece de enero en Acta
Corriente, buena, magnífica
Está una gran pretensión
Con redonda negativa

De ocho sanos concejales
Con su lanza y su loriga,
¡Oh! la santa independencia,
Delante la voz divina.

En otra de consejeros
Cuatro no más y no chica,
Barbeando con la anterior,
Y con pendiente vedija;

En esta monstruosa acta
Sin folio, ni mes, ni día
Ni firma, ni nada asoman
Veinte padres de familia.

La política unos cuantos
Radicales ahí divisa,
Hacha en las manos tremenda,
Ardiendo en los ojos la ira.

Disponen que en alto acuerdo
Con el Gobierno, á este pida
El venerable Prelado

Para educación de niñas
Y de huérfanas refugio,
El instituto del día

De Hermanas de Providencia,
Sosteniéndose ¡qué dicha!

*Con los que subministre
El gobierno ¡cosa rica!*

*Y con los que contará
La actual escuela de niñas.*

Nada de extinción, y nada
De la fauce viperina,
Bien que entre flores esconde
El animal su malicia.

¡Nada de extinción! ¿En donde
Surgió esta sierpe maldita?

Entre temor é inocencia,
A mano torva, escondida,

Y en el no hay número, ¡falso!

Diez velos aquí se veían
Sin sombra à que guarecerse,
Con la tempestad encima.

Las siete con su alabastro
Representando à Maria,
Y las tres à aquella Marta,
Que hoy tanto se dignifica;

Siete voces el Altísimo
Para su grandiosa dicha
Conservaba, y en el coro
Ahí complacerle solían.

Y tres en quienes El mismo
Enjugaba con la fimbria
De su manto los sudores
Y lágrimas que corrían.

En otros (tres) conventos ved, Ibarra,
¿Número hubo por cánones prescrito?
¿Cuántos contabas que en cristiano rito
Holocausto ofrecían al Señor?

¡Ah! ¡uno en cada cual y sin remplazol!
¿Por qué la extirpación no cayó fuerte
En estos amagados por la suerte,
Y de esperanza sin algún fulgor?

Es que el demonio contra altivo cedro
Con su palabra, su poder empeña,
Y triunfos cortos para sí desdefña,
Dejándolos del mundo al gran compás
El mundo ¿qué hace? Los conventos mira
Y à su abandono pertináz los deja,
Como la fila, penetrante reja
No toca à estéril peña, no, jamás,

¡Y no hay número! Sí flores,
Sí castillos à la hendida
Lustrosa aura de sujetos,
Que otras monjas traer querían.

¡Otras monjas! ¿Do se hallaban?
En la oscura fantasía.

Las de Providencia apenas
Parà si propias tenían.

Por eso la pingüe hacienda
Fuè adjudicada à la rica
Del Seminario que andaba
Con la esperanza meliflua.

De crear bajo su techo
Sesenta veces mellizas,
Sin ver que ni la laguna
Tantos patos en sí cria.

Añadid à diez, monjeros,
Las tres que en Quito bendita
Estaban, y que llamadas,
Hubieran vuelto à porfia.

Añadid à aquellas trece
Las cuatro ò cinco novicias
Y otras tantas postulantes,
Todas, todas aun suspiran.

¿Pero el número por corto
Pone traba à la divina
Voluntad, que cinco panes
Multiplicò en su fé viva?

Con tres venidas de Cuenca,
(Las dos Narvaez y Chica,)
Dos siglos harà, fundòse
La santa òrden extinguida.

Al lado del lirio el grano
De trigo en tierra bendita
De Ibarra produce ciento
Por tres granos de una espiga.

Mas, volvíme apesarado
Al Derrumbe, y à su vista,
Llevando al cielo los ojos,
Dije para mi capilla:

A vos, Pio, santo Pío,
En la petición maldita
Para extinción del convento,
No llegó tanta porfidia.

Ni monos lo que no fueron
Convocados ni en política,

Consejales que hacía poco,
Dieron voto on negativa.

Llegò tan sòlo la causa
De que número no había;
Falsa nueva.... ¡Quien hubiera
Patentizado la intriga!

Pero ya se había obtenido
De la Sede Pontificia,
Breve en el cual aparece
Que la sacra orden extinta
Morase donde quisiese
Morar, y que mientras viva
Se le suministre todo
Lo que ha menester la vida.

La vida cuyos instantes
Por Providencia divina
Se otorgan para que cesen
Donde en misterio corrían.

Conque la felice Ibarra
Era en voluntad precisa,
Preferible, tan hermosa,
Tan cristiana, en todo digna.

Sobre ancha, verde planicie
Ofrece benigno clima,
Y hospitalaria sus brazos
Por moderadas colinas

De norte à sur va tendiendo
A Colombia su vecina,
Y à Quito famosa y bella,
Que la cree torva, nociva,
Mas ¡habrá resentimiento,
Odio tal vez en la vida
De Imbabura contra el hombre
Que hizo dos bienes.... Garcia?

Si: intentar convaleciera
La desahuciada provincia,
Y distribuir el tesoro
Que la caridad reunia.

No puedes, corazón, resentimiento

Contra una sombra, que pasó, guardar.
 ¡Odio implacable! ¿contra quién, jumento,
 Contra triste alma que se ve en llorar?

A esa sombra salud, á quien el cielo
 Reclama hasta que á su sono pueda ir,
 Que es cuando vuelva fúlgida á su suelo
 La viña del Señor que está en gemir.

Encaminad por triste alma,
 Hijas del Señor, sumisa
 Oración á la que es madre
 De las conceptas, María.

Tal vez aquesta grandiosa
 Manifestación de hijas
 Espera Dios con anhelo
 Para remediar desdichas.

Y ¿qué conseguir no puede
 De medianera tan pia
 La oración fiel, fervorosa
 Al cielo de las delicias?—

Y el demonio de la Cuera,
 (Si la tradición se atisba
 De esos tiempos) en voz grave
 Dijo del Derrumbe oncima:

"Se ve pernicioso el acta
 En la parte preventiva,
 Y en las palabras se muestra
 La obediencia mas sumisa."

"De un colegio se trataba
 Con renta fiscal y fija,
 ¿Con qué intento el Municipio
 Del Obispo se valia....?"

"¿No hallaba voz en su seno?
 ¿Temió del pueblo las iras?
 ¿Quiso sorprender el ánimo
 De la autoridad bendita?"

"¡Ah! Sumergido en escombros
 El pueblo murmura y grita
 Contra el abuso.... y más clama
 A la suprema Justicia."

"Pero su voz fué à perderse
Del viento en ola mezquina,
Como en un monton de arena
La tímida, escasa linfa."

"¿Perderse? En selvas del Napo
Un puñal en mano impía
Se escondió, y veloces aguas
Lo arrojaron à la orilla"

"De Tahuando que esperaba
Sólo la lumbre maligna
De la venganza allà oculta
En un club en Quito misma."

"Veis la radical esencia
¿Cómo el veneno propina,
¿Cómo corrompe las almas
En desgraciada provincia?"

"Revelar más emboscadas
Tal vez la Causa divina
Niegue à mis cortos alcances;
Lo veremos, no permita."

EL MONASTERIO DE LA CONCEPCION.

Para dar al Señor gloria
Y à imbabureñas amparo
Contra oscuras tentativas
Del demonio soberano,
Y del mundo que se goza
En las luces de su teatro,
Se alzaron, hace dos siglos,
Cuatro muros el espacio
De dos cuadras en contorno
Impenetrable cercándolo,
Y se aislaron en el todo
De la placeta y los barrios.
Al oriente, de la cúpula
Del templo vibró sus rayos
El sol, que nos vivifica,
Sobre un hermoso Santuario.
Al occidente, alto coro

Para rendir à Dios santo
Alabanzas yacía lleno
De luz sobre el coro bajo.

Al norte, bajo fachada
Primorosa como un astro
De esplendidez, sus portones
Abría al pueblo cristiano.

Al sur, en lo amplio no iguales
Ni en adorno, cinco patios
Levantaban de dos pisos
Corredores en modo alto,

Dando à uno y otro coro.
Y à salones libre paso
Y à oficinas y mil celdas
Y à desvanes y mil antros.

Un pueblecillo, diremos,
Se encerraba allí losano
Antes que torva viniese
La reforma à repudiarlo.

Pues cada monja tenía
Un séquito regalado,
Y una turba de seglares
Hallaba seguro amparo.

De su dicha para colmo,
Un huerto y jardines varios
Y un arroyo dan ensanche
A su espíritu endiosado.

Aquí el Belen que guardaba
La riqueza, allá en dos arcos
Una azotea que al tiempo
Aun nabra en acento alto.—

Por tres monjas de Cuenca
Fuè el monasterio fundado,
Y de siglo y medio en alas
Llegò à tiempo no^{lo}lojano.

Y viste, Ibarra, on tu sono
Conceptas que el divino ampo
De felicidad cuidaba
De entre las flores de mayo.

Iniciada por Chamorro,
En vida común entraron
Cuando Yerovi esta planta
Fecundizó en entusiasmo.

En el mismo, floreciente
La mantenía de grado
Nieta, y desde entonces
Era para Dios teatro,

Donde su Cuerpo santísimo
Bajaba de cielos altos,
Trayendo amor y ternura
De comunión para el diario;

Donde su pasión sagrada
Y su muerte en el humano
Corazón se repetían
Como en el hondo calvario;

Do abnegación se veía
En su delicioso campo
Con la humildad y obediencia
Ascendiendo al eter claro.

Y Jesús con otras galas
Revistió al monasterio alto,
Con las suyas luminosas
El Espiritu Paracelito.

Madre del Amor hermoso
Y de todos los cristianos,
Maria con dulces prendas
Llegó también á adornarlo.

Su vida entera contaba
Dos siglos y pingües ramos,
Con los que Chica Narváez
Mostróse español bizarro.

Dichoso, en fin, se miraba
Sobre la divina mano,
Pero el tiempo de infortunio
Le llegó con triste plazo.

¿Pensaste, Ibarra, que el genio
Del terremoto en arcanos
Traería á este edén divino
De asolación el espanto?

Triste, nebulosa, fría,
En un profundo letargo,
Deslizó la media noche
Apenas una hora y cuarto.

Fué derruido de repente
Por el volcánico paso
Del temblor que furibundo
Dió con Imbabura abajo.

Y la muerte victoriosa
Entre universal estrago,
Trece tocas virginales
Rasgó con inmundo brazo.

Empero dejó à la vida
Diez de ellas para el aciago
Tiempo, el más calamitoso,
Y de pasiones y endriagos.
¡Ay! quedaban à este mundo
Diez resplandores, diez astros,
Como los santos Apóstoles
Para la luz del espacio.

Las cinco de velo negro
Consagradas al coro alto,
Y las otras, como Marta,
Vestían el velo blanco.

Religiosas, su clausura
Era imposible en los llanos,
I à la Concepción de Quito
Fueron enviadas al caso.

En esa casa bendita
Huéspedes seguro amparo
Y observancia de estatutos
Y virtudes encontraron.

Cual azucena entre rosas
Que hacen calle en jardín amplio,
La caridad más esbelta
Resplandecía en el claustro.

La comunión con que el cielo
Sostenía en amor santo
Sus espíritus, llenaba
Los deseos de Dios altos.

Fuera de horas de silencio

Al habla daban un rato:

El susto del terremoto

Y sus funestos estragos;

La muerte de trece monjas,

Cada una en virtud dechado,

Y la de doce seglares

Que daban ejemplo santo;

Lo que habían padecido

En el chozón de los llanos,

Y cuánto hasta verse allí

En Quito dando à Dios lauro.

Sus haciendas, sus alhajas

De oro fino, de topacio;

Los corales y las perlas,

Las coronas de los santos;

¡La Purísima!...sus ojos

Y manos al cielo alzando;

San José viendo de lleno

A los míseros humanos.

Los capellanes ilustres

Siempre en el confesonario,

O en el pùlpito ¡qué ciencia!

Lo han aprendido à Petavio;

El sol tuvo del oriente

Por Huarangú verde claro;

La esperanza nunca muerta

De volver al suelo patrio.—

Y por fin à aquestas almas

En Quito les pasó un año,

Y resolvieron volverse

Siete...las tres se quedaron,

No sé si à Dios por servir

O por caprichoso arraigo;

Lo cierto, ellas responsables

Son en parte del gran daño;

Pues con ellas aquí hubiera

Número habido más largo,

Poniendo así à reformistas

Includible embarazo.

Y una clausura en Caranqui,
De Ibarra sobre los altos
No distante, en casa estrecha
Las recibió sin halago

Otro más que à la divina
Voluntad de sumo arcano
Sujetarse hasta que un genio
Religioso en amor patrio,

Levantara un monasterio
Donde temporal descanso
Encuentren hasta que vibre
La muerte su filo dardo.

Pero sabios arquitectos
Vendrán con su grueso labio
A darles de órdenes todos
Uno que sea sumario.

Estos con otros habidos
Muchísimo harán, no tanto
Los que à su interés atentos
Contraeràn su gran olfato.

Mas de Loja se trajeron,
Pio IX por mandarlo,
Tres monjas de la misma órdou,
En virtudes niveo lampo.

(¡Quién à estas almas dijera
Que à vuelta de un lustro largo,
Tendrían que darla à Loja
Entre suspiros y llanto!)

A su llegada en Caranqui
Se dió à Dios gracias por cuanto
Tres ovejuelas traía
De las muertas en remplazo.

Y de la amistad sincera
Cruzaban con entusiasmo
Ofrecimientos, sonrisas,
Pura finesa, regalos.

Aquí van las reverencias,
Las promesas, los halagos;
Eso de empezar con broma
Y acabar con arrebatos;

La conciencia aquí descubre
Sus más ocultos arcanos
Que del cielo recibiera
O del demonio en mal rato.

Se dice un chiste, y un cuento
Va de seguida, no al caso;
Y charlan y se interrumpen,
Mas en seriedad entrando,

Quienes son los confesores,
Quienes oradores clásicos
Se refiere, y donde viven,
Y si están gordos o flacos;

Todo a sabor exquisito
Del demonio que en los claustros
Como una avispa serpea,
Fuego sus ojos chispeando.

¡Qué! en observantes conventos,
Cual las moscas a colgajos,
Los demonios tentadores
Se han visto con gran espanto.

Pues el infierno concentra
Sus fuerzas donde el trabajo
De Dios es mas positivo
Para en la ruina volcarlo.

Ello es verdad ¡Ay de aquellas!
Cada monja sin descanso
Tiene que luchar, no sola,
Con el infierno reacio.

Mas de Caranqui en la casa
Seguia normal entanto
La observancia de las reglas
Y constitución de antaño;

Sólo en la pálida sombra
De tiempos antepasados
En que contaban con templo
A la inspiración tan alto,

Y a la luz de la celeste
Oración dos coros claros;
Patios, corredores, muros,
Todo a espíritu apropiado.



Celdas había y desvanes,
 En que las almas su raptó,
 Su disciplina, su lloro,
 Ocultaran à ojos vanos;

Y salones que se abrian
 A la costura, al recamo,
 Y otras labores y oficios,
 Al són de reloj exacto.

¿I en Caranqui? Sin asomo
 De elementos necesarios,
 El más vigoroso espíritu
 Para sí se hallara falto.

Estrecha casa y sin muros
 No se abre al cielo monástico,
 De entre rincón oratorio,
 Un coro à la voz ingrato;

Chirivitiles por celdas,
 Dos corredores por claustro,
 Sirviendo estos de oficinas,
 En divididos espacios.

Ella por desgracia cita
 En la plaza, y en contacto
 Con escombros y con huertos
 Propensos à ruido vario,

Huyó el ala del silencio
 Y la mente apenas campo
 Hallò de oración el vuelo
 De maceración con manto.

Al àbrego furibundo
 Tortillas del cielo alvo
 En los jarales se esconden
 Para dar riendas al llanto .

Ahogadas por las espinas
 Se ven en pronto marasmo,
 Y no escuchan del Esposo
 El dulcísimo reclamo.

¡Desdichadas! escondido
 En la espesura inhumano
 Las atisba el cazador
 Y en sus dedos brilla el lazo.

¡Desdichadas! en la bruma
El siempre aleve milano
Con pupila del infierno
Las devora sin descanso.
¡Ah! en velada día y noche
La raposa con su olfato
Las ratrea en la confianza
Que su afán no será vano.

LA ESPERANZA.

Y de Caranqui al criente
Reflejaba como un lago
Con nombre de "La Esperanza"
Y con título preclaro
De Capital de Imbabura,
Una población al llano
Tendida, no más el resto
Que el omnipotente brazo
Del temblor dejó en angustia,
En dolor, en rudo espanto;
Y de Ibarra levantándola,
Arrojóla allá con pasmo.
En sí vuelta La Esperanza
De horrible mortuorio amago,
Volaba á lo almo futuro
Con las alas del encanto.
Como era de ser, primero
Pensó en sí misma: en su espacio
Concentró casas, albergues,
Tiendas, cabañas, rebaños,
Y una Catedral, en forma
De cruz, tendiendo sus brazos
Al pueblo pobre y al coro,
En medio el altar sagrado;
Todo á la luz de los cielos,
De García por mandato,
Quien á bendecir la iglesia
Presidió con entusiasmo.

¡Quién dijera que aquel genio
Del Ecuador, dijera al diablo
De ahí á poco lo que en tino
Hiciera su grande brazo!

Tal vez la cera de Ulises
No cerró su oído al taladro
De hombres que habían hecho casa
En Ibarra de antemano.

Ellos con casa segura....
Ellos «La Esperanza» ataron
A la ruina en sorbo intemato,
Dejándola á vaivén raro.

Murmurante siempre y torvo
De sus techumbres el balago,
Torcidas calles, bahareques
Torcidos se dan la mano.

Y el genio empezó á sonrojarse
Con colegios dos, tres, cuatro,
De jóvenes y de niñas,
De toda clase y tamaño.

Soló con el monasterio,
Lo vió cerca á pocos pasos:
¡Qué observancia! todas dize
Eran de virtud sagrario.

¡Qué de puentes, qué de ríos
Canalizándose abajo,
Mas deseaba agua potable
Baje por tubos vidriados.

A Esmeraldas en camino
Abre trochas al fracaso,
Y al clima que mató miles
Por ante el hambre y cansancio.

Empieza una carretera
Recta de Imbabura al casco,
Y otra de través que iría
A Quito sobre peldaños.

A los lados de una y otra
Planta alisos, sauces ó algo
Que les semejara, ó rosas
Medicinales del páramo.

De viñales y de yedras
Era de ver el abrazo,
Y el tesón de los portentos
Del célebre cundurango.

¡Cáspita! las elecciones
Son el móvil de adelanto
En todo tiempo ¡A qué pasan?
¿A qué fugaces sus antros?
¡Ganaron las elecciones!
Y luego empezó un letargo
Acompañado de asfixia
Y de cólera el asiático.

La Esperanza cambió en nido
De vicios y grandes lazos
Para sociedad secreta
Y luciferinos pactos.

Caiga el eden de su timbre
Donde la suerte en halagos
De la Provincia lo tuvo
Con los divinos desmayos.

La Esperanza corrompida!
Es puerto de mar ¡abajo!
¡Qué vicios! ¡A Ibarra, à Ibarra!
Allá el corazón no es malo.

Es malo, se respondía,
Pero allá, desconcentrado
El pueblo, nada se sabe
Sinó después de unos años.

Convócase ahí un consejo:
Y dicen los ciudadanos,
(Casi todos): —Aquí sea,
Aquí está nuestro paraíso;

A Ibarra no bajaremos—
Dice el partido contrario:
—Abajo están nuestras cunas
Y nuestro escombros de antaño.—

Se disputa, se vocea:
La mayoría en són alto
Clama:— ¿Cómo nos obligan
A morir en clima insano?—

La minoría se engríe
Más y más, porque en el brazo
Del poder se apoya y grita:
---Si hemos de morir, muramos.

---Id pues á morir vosotros,
Id, pero bien confesados
---No hay para que confesarse,
Bajaréis todos en cuartos:

Atencos al ejemplo
Que da el clero soberano:
Antes que el techo bajara,
Rodó con amén al labio.

---No disputemos: Ibarra
Será en su clima un paraiso
Bañado por los raudales
Del Ajavi y el Tahuando;
Empero la población
Se palpa en trecientos años
Tan diminuta, ¡ay! verá
Así los siglos reacios.---

Y bajar luego se ordena
La población de los llanos
Al escombros que medroso
Ibarra ostentaba ¡bravo!
El poder sumo lo quiso,
Y obedecer cabisbajos
Era de ser, como el río
De Tahuando corre abajo.

Mas como la orden suprema
No distingue, sin reclamo
Se ve incluido el monasterio
Sea tarde si no es temprano.

Ternisimas sus entrañas
Sintieron el trance amargo
Mientras corría su lloro
Al Señor, su único Amo.

I talvez ahí le dijeron
De conformidad en acto:

---Un convento se odifique
En Ibarra ¿qué esperamos?

En llano de La Esperanza,
Propio de las monjas llano,
No quieren que se edifique,
Se obstinan ya ¿qué esperamos?

Y nadie vió por entonces
Que era el Demonio emisario
El que cargaba los yerros
Para Ibarra sin pensarlo.

Y decía, se asevera,
Que las novicias en manos
De Dios hiciesen tan solo
Voto simple, en todo caso.

Pero ¡qué torpe ceguera
La de hombres republicanos,
Al momento se sujetan
Contra su querer altazo!

¿Cómo contrariar en modo
Tan violento, à todo trapo,
Su corazón, cuya raíz
Radicaba en esos prados?

¿Cómo tanto caserío
Distribuido en tantos barrios
Por un pueblo que tenía
Mira de perpetuo arraigo,

Y que en él había vivido
Lleno de salud cuatro años,
Pudo arrancarse de golpe
Y volar sin embarazo?

Al miedo la pesadumbre
Le es ligera como tamo,
Y la distancia, no mucha,
La reduce à doce trancos.

Unos en pos de otros vuelan
Techos, bahareques y trastos
Y pálidos habitantes,
Dejando vacío el llano.

Así de do quier revuelan
Al pastoril gran silvato
No bien oido, las gallinas,
Los pollos, los gallipabos.

EL NOVICIADO, LA DESUNION

Y EL

SUSURRO.

A una almáciga quitaba
Planta y planta el Angel bueno,
Y en el abonado seno
La tierra las abrigaba.

Ella tierna, peregrina,
Del tiempo à la fugaz ola,
Did la amelia, la anapola,
La azucena y clavellina.

Así el Noviciado abrió!
Sus puertas à bellas flores,
Y se vieron sus primores
A la aurora que brilló.

El divino hogar al fuego,
Que lleva el cielo adelante,
Las mantenía distante
De mundana desociego.

Sus diamantes el rocío
En sus pétalos regaba,
La brisa se solazaba
Como en las ondas del río.

Y dulce madre María,
A quien tierno corazón
Debian, una efusión
De gracia en ellas vertía.

Y de Jesús el fuego
Daba al santo instituto
El árbol de amor con fruto
Debido à fecundo riogo.

Mas el que guardian debiera
Ser del pensil soberano,
Sin más que darle de mano
Se quedó ¡quién lo creyera!

Cuando de todos amar
Se dejaba ese Angel bueno,
Levantó su voz sereno,
E hizo á las monjas llorar:

—No más noviciado haya,
Ni postulación ni voto
Se reciba, y el devoto
Corazón á pasear vaya.

—¿Cómo, Señor, derepente?
Sepamos ¿qué causa ha habido?

—Lo ha dispuesto trasfundido
El poder armipotente.

—¿Este será el pirmer paso
Para extirpar el convento?

—Puede ser, harto lo siento,
Y más cuando ya no hay caso.

—Este atacar, da tristura,
Es del poder absoluto.

—Se conoce por el fruto
El árbol que está en altura.

—¿Por qué el noviciado de hecho
No cierran, y dicen claro:

Puertas fuera—El desamparo
Bien les habla y el despecho.

—¿Tratan de traer religiosas
De otra orden en lugar de estas,
Por ser del país *funestas*?

—En el mundo hay unas cosas!

Todo esto, gran Dios, pasara
Cuatro años antes que la hoz
De la estirpación atroz
El cuello monjil cortara.

Y todo de arcano en templo,
Do el pueblo adivino apenas
Dió con que de mil escenas
Una habria sin ejemplo.

¿Dónde la justicia estaba?
Entonces era, Dios mio,
Sólo el nudo poderío
La causa que se citaba.

¿Después? después de cuatro años

La Majestad arbitraria

Acogió la temeraria

Voz con estos desengaños:

La paz en el monasterio

En *desunión* se ha trocado,

Y un *susurro* atoloadrado

Vuela por ahí en misterio.

¿La *desunión* por ventura

Da á un monasterio esperanza?

Ese *susurro* que abanza,

Tremendos males augura.

Y *susurro* y *desunión*

Velozmente van curriendo

En Ibarra, cual horrendo

Trastorno de la nación.

La paz tan recomendada

Por las santas Escrituras,

Estas pobres criaturas

La tienen de sí arrojada.

¿Quién dirá que *desunión*

Y *susurro* no sean celo

Provocado por el cielo

Que quiere la estirpación?

El reino pues desunido

Perecerá entre los dientes

De los *susurros* cundientes,

Pierdan las monjas su nido.

No más haya en derredor

Que una sombra abismadora

Hasta que llegue la hora

Del grán juicio en el Señor.

Más entendida, más culta

Que la América la Europa

En los conventos no arroja

Monjas de la vida oculta.

Allá la beneficencia

"Es caballo de batalla"

Donde el rico favor halla

No digamos la indigencia.

Allá estan en grandes salas,
Aquí sin otro destino
Que aves al árbol divino,
Siendo....que no tienen alas.

De huérfanas, que el temblor
Dejó, debe aquí montarse
Un colegio y esperarse
Para Ibarra el bien mayor.

Del sexo la educación,
Como su Excelencia sabe,
Es la primorosa llave
Que abre el bien de la naciódn.

La emancipación quizá
De la mujer aquí tenga
Su cabida, y al país venga
La honra que otro no hallará.

Si se casa, no hay que hacer;
Vivirá con su marido,
Y él contento enternecido
Dirá: tengo una mujer.

Vuexcelencia con su osmero
Verá, como nuestro padre,
Lo mejor que à Ibarra cuadro.
Ibarra, veinte de enero.

Post scriptum le diremos
Que el susurro y desunión,
Sintiéndolo el corazón,
Van tocando à los extremos.

Es monasterio cerrado.....
Pero es tan activo el celo
De la autoridad que al vuelo
Descubre lo de mal hado.

Es cerrado, como digo,
Y observante: esto no place,
Si el plantel que lo remplace
Traerá más cosas consigo.

Dios quiera darnos el bien
Pronto y no paso à paso,
De allí los hombres de *atraso*
Que nos miren con desdén.

La *desunión* con aire de *susurro*
Salió un día d l claustro pudorosa
No más que una veleta, y quejumbrosa
Dió á escuchar en confianza su dolor.

El viento sacudíla con sus alas,
Y en el incauto vulgo la atropella,
Luego la entrega á pálida centella,
Con cuyo fuego toma otro color.

Así el agua turbiosa en remolinos
Ofusca repulsiva, terca, dura,
La luz del sol naciente, hermosa, pura.
Así lauroso está el genio del mal....

Y vocación, á solas el ensayo
Del alma hacia Dios acelerada,
Quedó en el suelo del terror ligada
Con la cadena triste mundanal.

LA VOCACION.

¿Qué será vocación? El llamamiento
Al religioso estado, hecho por Dios;
Entraña qué de veces un portento
Visible cual la luz de la razón.

Vocación.... un deseo puro, santo
De salvarse en las manos del Señor,
De imitar sus virtudes y con llanto
Pronto morir al mundo y al amor.

Vocación.... simboliza el horizonte
De la paz en suavísimo arrebol,
Y el oriente que eleva al sacro monte
El vivo fuego del divino amor.

Vocación.... de luz primer destello
Que brilla entre la luz de la razón,
Que con esta se aumenta hacia lo bello,
A lo inefable del eterno Sol.

Vocación....¡ay! el iris majestuoso
Del torrente, la mágica ilusión
Del alma juvenil que á Dios Esposo
Adora en fuego del primer amor.

Vocación....trasunto sacrosanto
De púdica azucena que no vió
Junto á sí las espinas con espanto,
Ni el festivo anhelar del girasol.

Vocación.... asiéndose al tesoro
De Inmaculada Virgen, le clamó
Que su voto mirase, que su lloro
Acogiese en su tierno corazón.

Vocación....el alma hacia la fuente
De eterna gracia que abrillanta el sol,
Y hacia el gozo de Dios omnipotente
Que la atrae á poseer su corazón.

Vocación...el amor á la pobreza,
Y al infortunio que se muestra atroz
Por entre abrojos viles de bajaiza,
¡Ah! el humano desprecio trae en pos.

Vocación...es solemne sacrificio
De santa libertad en el albor
De los años que alzar un edificio
A la Fortuna ofrecen con tezón.

Vocación...morte de virtud, el vuelo
Del éxtasis se eleva entre la voz
Del Eterno que baja á dar consuelo
En los miseros valles del dolor.

Vocación...., ve una tétrica clausura,
Do el alma penitente deja en pos
La rebelde materia ¡ay! á la oscura
Huesa del claustro mismo en que habitó.

EL NUEVO MONASTERIO

Y LA BAJADA

DE LAS MONJAS

A

IBARRA.

Intérprete del sentimiento.
Popular que se despeja
En estos tiempos de llanto
Y reconocida prueba;
Narrador de los sucesos
Tradicionales que en cuenta
Tiene el pueblo imbabureño
De católica creencia;
Amante del adelanto
Verdadero que deshecha
Cuanto en altares levanta
La deleznable materia;
Amante de toda orden
Religiosa, pues la enseña
Redentora del cristiano
Va levantando su diestra....
Soy, como Ibarra lo sabe,
E imploro su indulgencia
Ahora que ante ella evoco
Otra vez la sombra escelsa
De Jibaja agustiniano,
A quien conocid y venera,
Y el cual acaso aun le acude
Con las verdades eternas;
Pues en el Señor amándola
Le anunciaba las escenas
Que lo futuro escondía,
Sean prósperas ó adversas.

—Y en espíritu profético
De eternidad entre nieblas,
Al cielo invoca Jibaja
Para decir en tristeza:

Desde el cielo se remira
Cómo la mente flaquea
Asida á envanecimiento
Producto de la soberbia.

Dejaste, mísero pueblo,
La Esperanza que en grandeza
A tu porvenir hablaba
Con oratoria elocuencia.

No os faltó benigno clima,
Suelo que ávido se presta
A todos frutos, y un cielo
Que al horizonte embelesa.

Empero bajaste á Ibarra....
Todo será por la cuenta
Tuya miserable....un día
Lamontarás tu existencia.

Improvisaste infatuado
Tus casas de tapia estrecha,
De adobe ó bahareque, todo
De salitre con la mezcla.

De salitre....ese polvillo
Blanquecino que do quiera
Se infiltra y luego corroe
Si es posible hasta la piedra.

Ve una catedral que tiene
La nota de ser muy gruesa,
Sin un palmo de cimientos
Del presbiterio á las puertas.

¿! a casa del Consistorio
En parte no fué rehecha
Poco hará cuando contaba
Un lustro de permanencia?

¿Ves aquí, allí carcomidos
En poco tiempo, cual tiemblan
Los tapiales denunciando
La infiltradora materia?

¡Bien hecho! Los años pasen:
Verás todo en decadencia
Día á día, si no todo
Una parte no pequeña.

¿Y qué, Ibarra, del Convento
Núevo de las conceptas
Te queda sino el escombros?
¿Qué te dice la experiencia?

¡Ay! tus monjas! el tremendo
Terremoto dió a la tierra
Trece, y Dios dejara diez
Para probación severa.

¡Ay de estas! ¡ay de aquellos
Que en privarlas de su estrella
Tuvieron parte, infelices,
Con algunos aun se cuenta.

En la más ardiente llama
Se apedace su conciencia
Por las garras del destino
Que á complacerles viniera.

—Chica Narvaez, levanta
Sobre ruinas la cabeza,
Que aflijido á ellas viniste
Para llorarlas sin tregua.

Vuélvete al cielo, piadoso,
La iniquidad acá deja,
Déjala, que tu fortuna
En otras manos se encuentra.

Tu fortuna, tu trabajo,
Este grande, aquella inmensa
Dieron ser al monasterio,
(Dos siglos ha) en que tu idea

Santa encerró tres monjas:
Las dos tus hermanas eran,
Los Angeles que á fundarlo,
De la Concepción de Cuenca

Traidos fueron por tu anhelo,
Por la inspiración secreta
Que luminosa radiaba
Como matutina estrella.

Y aquel antiguo convento
Principió sobre tu diestra,
El mundo no lo venca
Ni del demonio era presa.

Y viste ufano muy pronto
Progresar tu grande Aldea,
A que el Señor de su corte
Bajaba en horas de siesta.....

Al paraiso, en que sus voces
A tu oído aun resuenan,
Como la más suave brisa
En los senos de las selvas.

¿Y ahora? en lágrimas inclina
Tu mirada en la otra acera:
Ahí los arcos de dos siglos
Presenciaran una escena:

Un diseño: Los cimientos
No más que entro lodo piedra;
Tres ángulos para claustro;
De veinte metros la iglesia;

Unos tapias la cuadra
Cerrándola toda entera,
No con el alto de muros
Ni con el bajo de cercas.

Y visteis para sarcasmo
Del arte unas tapias nuevas,
Cual por la pobreza alzadas,
Formándose en tres hileras.

¿Principiaste así tus obras?
¿Así eran de brusca tierra?
¿Para burla así asomarán
De la ruina centinelas?

Ya, Señor, van los umbrales,
Los bahareques, las esteras,
Los ladrillos de Caranqui;
Vengan de Otavalo puertas.

Sean de artesanos diestros,
Llaves, cerraduras, rejas;
El locutorio cubierto
Con velo de tela gruesa.

Y los arcos de dos siglos
Miraron la iglesia nueva,
Cuyo portón á la calle
Tenía al lado la puerta,
Que á la reglar conducía
Privada y á la secreta
Del locutorio, algún tanto
Conforme á estatuida regla.

Aquellas puertas privadas
Bajo llave y en cautela
Debe tener al cuidado
De una monja la Abadesa.

Y ésta según estatuto
Ha de frisar en cuarenta,
Y poseer ciencia y virtudes,
Por lo menos ser discreta.

Triste del Prelado incauto
Que apruebe la elección hecha
En joven monja, las jóvenes
Son jóvenes donde puedan.

Mas, de actualidad tratándose,
Como sombra en sí deshecha
Quedò todo, y devolviòse
La atención á nueva estrella.

Todo se viera concluido
De lustro y más en la cuenta,
Y todo fuera admirado
Como una grandiosa empresa.

A haber telégrafo entonces
Zarpado hubiera la nueva
De que al nuevo monasterio
Bajarían las Conceptas,
Y que á su dueño inquietas
La misera casa dejan
Que habitaban, no sin llanto,
Al paso la vista rocta.

El último adios acaso
Se oye en boca más resuelta,
Y mientras Caranqui llora,
Bajan con la planta yerta.

Y el gran suceso se anuncia,
Las miradas se descuelgan
Del azureo firmamento,
Muda yace aquí la tierra.

Los velos del santo Esposo
Cubren su rostro y cabeza,
Como blanquocinas hojas
El cáliz de una azucena.

Apenas su lento paso
Deja señal en la arena,
Donde sus marchitos ojos
Con la paz de Dios revuelan.

Su pensamiento endiosado
En la Pasión lastimera
Da al corazón el tormento
Mismo de la cruz á cuestras.

Y ser el último paso
De peregrinación severa
Las dico su fantasía
Y al consuelo las reploga.

Do quiera talvez remiran
Una casa entre la niebla
Del camino levantarse,
Y llegar de fulgor llena.

Mas la esperanza pliegando
Sus alas de gasa negra,
Despidióse en el momento
Que iba á cambiarse la escena:

Angeles talvez delante,
Pasientes ángeles ellas,
En conmoción se miraban
De un caserío á la puerta;

Distante, completa cuadra,
Del que monasterio fuera,
A trasmano silencioso
Como una estatua de piedra.

¿Y se sabe de que fueron,
Si de alegría ó tristeza
Las lágrimas que á sus ojos
En fuego corrian disueltas?

¿Y se sabe si fué entonces
Lo que voz común nos cuenta,
Que por huracan alzada
Fué del patio hacia la esfera
De los aires una sábana,
Cuyo fin no hay quien lo sepa?
Era, se dice, el sudario
Que su destino envolviera.
Viéndolo, en fin, Imbabura,
Uná casa, y una iglesia
Y unos tapiales en torno
Diez religiosas encierran.
Con ellas cinco novicias,
Como alondras que en la selva
A formar su breve nido
Llenas de esperanza llegan.
A la Prelada, era madre,
Los ojos sueltos en tierra
Levantán cual esperaran
Una voz que las dijera:
Esta es la casa, hijas mías,
Que se abre la Providencia
Para sepultar el alma
Con lo vano que hay en ella.
Felices seremos todas
Si la Madre de conceptas
Nos ama y nos santifica
Y nos lleva á vida eterna.
Conforme con el diseño
Los tres ángulos se muestran
Contando lo reducido
De una docena de celdas.
¡Ah! si el arte humano puede
Ser algo bajo su estrella,
Aquí desde la fachada
Nos lo señala en vehemencia.
—Provisional en el nombre
Era el convento; cuán cerca
De las ruinas del antiguo
Se levantó como emblema

De ruina y desolación,
Ambas de la luz moderna
Que deslumbró con oprobio
Los ojos de mentes ciegas,
Acaso desparramada
Por el que una corta tregua
Obtuvo de la atroz muerte
Antisipada, rastrera.

De esta casa ¡oh Religiosas!
Santuario de la inocencia,
De esta seréis arrancadas
Como pestifera yerba.

¡Fuera! ¡idos a Quito, a Loja!
¡Idos pronto, que os esperan!
Ireis, sí, pero con llanto
Regando la ingrata tierra.

Se dispondrá por un Breve
Permanezcais do os parezca
Hasta que impía cortando
La muerte frágiles hebras,

Os llegue tan furibunda,
Empero a nada respeta
La precisa orden incua,
Del averno impía hoguera.

—De ésta, hace poco, casa,
Dios eterno ¿qué nos queda?
Ruina....Al fin sobre la ruina
Unas paredes se elevan

Por industria de otro dueño,
De otro, a quien el suelo deja
Libre el paso los instantos
Que hay de pasar en la tierra.



AL IMBABURA.

Cuando tu nívea copa
Con ombeleso
Se acercaba a las nubes
Del azul cielo,



Y el sol te regalaba
Sus rayos de oro
Porque más resplandezca
Tu hermoso adorno;
 Cuando varios matices
Tu lengua falda
Bordaban con primores
De verde gala;
 Cuando el ave sus voces
Al aire dando
Buscaba el muelle nido
De sus encantos,
 Gozando de la brisa
Que en honda playa
Volaba, y del murmurio
De vivas aguas;
 Cuando Ibarra esperaba
De Dios auxilio
Con esa fe segura
Del pueblo antiguo,
 Viste ¡oh escelso monto!
Que el monasterio
De encerrar acababa
Todo su cielo,
 A Angeles que el nicho
De pulido oro
Buscaban en Dios santo
Que era su todo;
 A huérfanas alondras
Tristes, sin alas,
Su cuello sumergido,
Su vista vaga,
 Lágrimas en sus ojos,
Tiernos recuerdos
En su mente, cual guarda
La alma en destierro.
 Del Angel la inocencia
Su pecho enciende,
Dulce Jesus las llama
Con luz perenne;

Su corazón las brinda,
 Su sacramento
 Suspenso en los altares
 De gloria lleno.

La purísima Madre
 Les da la mano
 Sobre su frente imprime
 Su dulce labio.

San José las bendice,
 Su padre amado,
 Recogiéndolas pío
 Bajo su manto.

El monástico albergue
 Les será escala
 Para volverse al cielo
 Del que bajarán.

COSAS DEL PUEBLO

I

Peregrinas han vuelto
 Con la paz santa
 Que sólo la fe diera
 Con la esperanza.

Bien, bienvenidas sean
 Después de un lustro
 De ausentes, ya el Ibarra
 No viste luto.

Bien...al aprisco nuevo
 Diez ovejuelas
 Volvieron sobre el lampo
 De luz eterna.

Dos palabras su historia
 Compendian luego:
 El amor á Dios padre
 Y al monasterio.

De su suelo arrojólas
 El terremoto
 Que deshizo á imbabura
 Dejando sólo

Diez... estas buenas almas
Para severa
Prabación, para gloria
De paz eterna.

Fueron á Quito onviadas
Por el arcano,
Donde un año perdido
Sin flu pasaron.

Para el dolor nacidas
El les dió el lloro,
Del caliz de amargura
Bebieron todo.

Persignidlas la suerte
Con tremenda ira
Dolosa, oculta, fiera,
Como la envidia.

Empero en su regreso
Luego pensaron,
Y á este querer los hombres
Dieron amparo.

De ver era esas almas
Por el camino,
Sus angustias llorando
Casi en delirio.

Qué de veces su fauce
De sed reseca
Daba paso al gemido
Con honda queja.

Devueltas á Caranqui
Llegan en casa
Que prevista estuviera
Por la desgracia.

Mas, de las diez vuelven
Siete calandrias,
Siete no más, humildes,
De Dios amadas;

De menos ¡ay! ochando
La compañía
De tres buenas hermanas
Siempre queridas.

¡Ah! Quito las robara
Con su cautela;
Rita, Asunción, Rosalia,
Tres almas bellas.

Por estas cuántas lágrimas,
Cuántos suspiros
De corazón han dado
En Jesucristo.

Todas tres de virtudes
Daban ejemplo
Para su adorno, y gloria
Del monasterio.

II

Pero à grey desmembrada
Dios proveyera:
Tres Angeles en forma
Humana fueran

Los que traídos de Loja
Por el mandato
Del gran Pío ocuparan
Su lugar alto.

Con estas religiosas
Colmdse el cielo
Del coro tan deseado
Por el Eterno.

Con este paso el número
De diez tan célebre
Tenía complacida
La Santa Sede.

Y ellas con la ternura
Del alma buena
Cumplian por entero
Todas las reglas.

La común vida entonces
Quizà no hallaba
Faltarle en advertencia
Cosa marcada;

Que el Señor con sus lucos
Bañaba todo
De Caranqui el albergue,
Do alzó su trono....

Ya allá dejan contentas
Alta memoria
De huéspedes que buscan
La eterna honra.

Ya nada allá les queda:
Su monasterio
Nuevo en Ibarra tienen,
Que es su consuelo.

Estad aquí benditas
Donde el tesoro
De gracia os esperaba,
Donde á Dios solo

Hallaréis en la vida
De pesar llona,
Contento prodigando
Con mano escelsa.

Terminó, peregrinas,
Vuestro destierro,
Por fin dobló el destino
Su cruel acero.

Estad entre las flores
Del noviciado,
Guiadlas con prudencia,
Con amor santo.

Ellas heredar debèn
Vuestra grandeza
Que consiste en ejemplo
De vida austera.

Ya de almas que el renuevo
Del noviciado

Tenía, á la Galindo,
Dios le dió el brazo;

Y profesas, seguras,
Fuera del mundo,
Siguiendo irá la senda
Del amor puro.

Bien...al aprisco nuevo
Diez ovejuélas
Llegaron sobre el lampo
De luz eterna.

III

Pero ¿qué voces suenan
De entro la turba,
Con feroz ira armadas?
Dicen en suma:
Sólo en país retrògrado
Falto de gusto
Se acogen, se toleran
Los institutos.

Para qué aun entenderse
Con *manos muertas*,
Todavía aqui se anda
Contra la ciencia.

¡Abajo! ¡abajo todo
Lo que el gran genio
Del siglo lo rechaza!
¡Ya no tardemos!

IV

¿Verdad es que à perderse
Fué por el aire
Una sábana puesta
Luego à secarse?
Como quiera que fuere,
Lo tal se alega
Por los que han visto el vuelo
De una cometa.

V

El agua, el agua propia
Tan abundante
Del monasterio ¿à dónde
Correrà en balde?

Deja, oh pueblo, se pierda,
Que son del mundo
Las cosas que acá fluyen
Sin algun fruto.

VI

Pero ¡ay de tí Imbabura!
Lo futuro habla
Con tu oído, con tus ojos,
Con tu esperanza.

Miras nublado el cielo.
Bajar remiras
El azote tremendo
De mano impía.

Oyes una voz sorda
Circular ciega
Con la atroz amenaza
De tigre fiera.

Esas tristes alondras
Dentro la jaula
Será hasta que el milano
Les eche garra.

¿No podrás tan robusto
Potente, grande,
Con sólo alzar un brazo
Fiero aplastarle?

¿No podrá tu sonrojo
¿Tragarte un día?
¡Bien!, Lo dejas al brazo
De la Justicial

COSAS DE MONJAS

I

¿Por qué asidas á Quito
La Santa Rita,
La Rosalía y la otra,
Asunción pía?

¡Ah! por su querer propio,
Por suerte mala
Del convento arraigaron
Allá las vanas.

Y de estas la primera
En la política
Por cartas cautelosas
Se introducía.

Así apuró, lo creemos,
Todo el arcano
Del poder absoluto
Tocante al caso

De extirpar el convento,
Y alto se opuso
A volver con las otras,
Sobre seguro.

Aun, téngase por vero
Que era abanzada
Del poder cortesano
Por viles cartas.

Opuesta andaba siempre
Con la Abadesa;
Quizá era falso celo,
Quizá inocencia.

Vió que la prelacia
Nunca á su toca
Llegado hubiera mansa
Como paloma.

Y quedarase en Quito
Con las dos otras
Que inocentes seguían
La tenaz obra.

II

Mientras aquí, allá pastaba
Dios sus ovejas,
Con tiempo vino el duelo
De paz eterna.

En Caranqui la muerte
Separá de ellas
La san Ramón, el alma
Para Dios bella.

En Dios embebecida,
De Dios amada,
Quiso no ver la suerte
De sus hermanas.

Del santo Crucifijo
Murid en los brazos,
Para sí no viviendo,
Vold al Paraíso.

III

Mas la monte á anteriores
Tiempos volviendo
Da con otros amargos,
Tristes recuerdos:

Cuán venerandas eran
Las que murieron
Del terremoto á manos
¡Oh Dios eterno!

Alma esforzada, pfa,
La santa Clara
Para quien todo el cielo
Le fuera escala.

¡Ahl la Trinidad, madre,
Cuyo alto celo
Con el amor divino
Dió siempre ejemplo.

De caridad dechado
La san José, madre,
De la que Jesús niño
Se mostrò amante.

Y otras, otras amadas
De Jesucristo,
Su vida en este mundo
Fué en sacrificio.

¡Qué de almas al océano
 Del terremoto
 Caycran, y volaran
 De Dios al solio!
 ¿Por qué tantas, Dios mío!
 Las devoradas
 Por el tremendo brazo
 De la ira armada?
 Exhumados sus restos
 De entre la ruina,
 De uno en uno se hallaban
 Do Dios quería.
 Y en una sola caja
 Se acomodaron
 Para enviarlos al mundo
 De eterno amparo.
 ¡Oh! qué felices almas
 De paz Augusta,
 Rogad al Señor pías
 Por Imbabura.

AL OTRO DIA

CONSEJOS A LAS NINAS.

El sol esparce sus rayos
 Desde el oriente apenas,
 Después que pintadas aves
 Le han saludado risueñas.
 Por la calle (despoblada
 Se muestra Ibaria do quiera)
 Del monasterio transitan
 Tres ó cuatro sobre yerba.
 En el fronterizo escombro
 Que parece tambalea
 Con el viento, se ve andando
 Gente de ropa no nueva.



Y en el locutorio abierto
La curiosidad allega
Varias niñas escolares
Que pasaban, y ahí se encuentran:
Su vista se esparce y vuelve.

Ora al dintel ó la puerta,
Ora al suelo cuando ruido
Como de sayal resuena.

Oyen que una voz las llama
De tras la velada reja,
Voz sonora y argentina,
Cual de jóven pecho fuera.

Al llamamiento amoroso
Quedan un momento atentas,
Y hasta con dulce esperanza
De confitura halagüeña.

Pero no, después que el vello
Se alzara con lijeroza

Y en el Señor contestara
Su saludo la portera,

Cruzaron breves razones
Entre las niñas espertas,
En quienes discreción alta
Encontrando la Abadesa,

La paz sea con vosotras
Hijas del alma, tan bellas,
Dijo y siguió en el Señor
Con voz cariñosa y tierna:

Cuando atraviesan la infancia
Las mujeres hijas de Eva
Parecen del almo cielo,
Sus ojos son dos estrellas.

Sus lavios frescos y puros
A la alborada semejan,
Y en roseos tintes asoma
El sol su disco por verlas.

Emulos son los jazmines
De sus manos, ya ante ellas
Tímidos se sobrecogen,
Ya sin valerse retiemblan.

Es su aliento cual de nardo
 Y cinamomo y diamela,
 Como rosas de la Australia
 Sus mejillas en luz tersas.

Sus cabellos sobre el hombro
 Como brotes de palmera,
 Su cuello el de una paloma,
 Suave su mirada tierna....

Bendito el Omnipotente
 Que al darles físicas prendas,
 Imprimió con mas esmero
 En su rostro la pureza.

Angelical, y más hizo
 Que en él reflejase entera
 El alma que à imágen suya
 Se agita en la alta materia:

La mujer el ángel bueno,
 La mujer el alta prenda
 Que el Evangelio sacara
 Del abismo en que yaciera.

¡Oh! ved...pero al definirla,
 La mente arrobada sueña,
 La sobrecoje el delirio,
 Fuego el corazón requema.

Sólo el éxtasis la mira,
 Sólo del Angel, la ciencia
 La conoce, la define,
 La encomia como merezca.

Pero ved, niñas amadas,
 Que aquí del Galad ovejas
 Parecéis como adormidas,
 Grande misión os espera;

Grande, sagrada, sublime,
 No bien dejéis vuestra escuela,
 Y cual avecilla al nido
 Quedéis à la Omnipotencia.

Mas no teneis sino aprestos,
 Que el cielo y el alma encierran,
 Levantar con la constancia,
 Sostener con fortaleza.

Vuestro corazón en medio
 Del santuario de inocencia
 Vea pasar sin alarma
 Las mil ilusiones bellas.

De suavísimo perfume
 Flores exquisitas llevan
 Ocultas, como con arte,
 Espinas que luego hieran.

Virtud, virtud que en la lucha
 Del corazón siempre entera
 Sepa triunfar entre otras,
 Es la que llamo azucena.

¿Quieto el corazón se mira?
 Quizá ilusión, quizá tenga
 Su manantial en el cielo....
 La Mística lo discierna.

Norte Jesús y María,
 La mente pura, serena,
 Velad con abiertos ojos
 Sobre el corazón que vela.

En los más gratos pensiles
 Fieros reptiles se encuentran,
 ¿Y en el amor? del humano
 Corazón toda miseria.

La Pasión, el Sacramento
 Del altar, fuentes amenas,
 Donde refocila el alma,
 Vuestros embelesos sean.

La caridad si domina
 Vuestro corazón, y llena
 Los dos preceptos entanto
 Tornaros puede perfectas.

En la virtud del silencio
 Ejercitad vuestra lengua,
 Y vivid con toda el alma
 En la divina presencia.

A disipados sentidos
 No acompaña la modestia,
 Ni la oración bienhechora
 Ni la humildad tan esbelta.

Si llegareis à dichosas,
 Si à desgraciadas, à huérfanas,
 No olvidéis con la fe santa
 Vuestra misión en la tierra.

Pasiones son tempestades.
 ¡Ay! desolación sin tregua
 Van al sepulcro llevando
 Del demonio en las tinieblas.

Dulce es la amistad, el lazo
 Que liga las almas buenas,
 Pero yo preferiría
 La virtud por compañera.

Y aquí, niñas, mi discurso
 Que resume algunas reglas
 De buen vivir, en el nombre
 De Dios santo punto tenga;

Mas para el acierto en todo,
 Digoos que sin reserva
 Menester es se descubra
 Al confosor la conciencia.

Y si asegurar quisierois
 Vuestra salvación eterna,
 Vestid el hábito santo
 De la Madre de conceptas.

Sus divinos ojos tiende
 A veros con entereza,
 Y de corazón su claustro
 Os ofrecio....venid prestas.



LA OPOSICION EN LOS CONVENTOS,

De elección ò nombramiento
 Cierta minoría asoma
 Con nombre de oposición,
 Y en el claustro lugar toma.

Por el Señor permitida
Será el cielo atalaya
Contra el abuso que cunde
Y nunca por sí desmaya.

Desparece una luz hermosa,
La voz divina dilata,
Su propio espíritu humilla,
Y los otros aquilata.

Sabia, atinada, prudente,
Invisible en santo celo
Va de continuo guiando
Por los caminos del cielo.

A lo ménos da la sombra
Si no última pincelada
Para que una obra perfecta
Sea en Jesús acabada.

De sacramentos frecuencia
Y la paz son elemento
Que no contrahace el demonio,
Y hace observante un convento.

Pero el confesor descuide
O el prelado por su parte
En las visitas ¡ah! el genio
Del mal alza su estandarte.

Ya la oposición no es ella;
Con una rencilla asoma
O un reojo, y con espanto
Dice que sólo fué broma.

Una *susurrona* empieza
Con que el locutorio abierto
Quedó un rato, mas no sabe
Si tanto desliz sea cierto.

Otra asegura que al torno
Una música se oía
Quizá de la gente ociosa
Que en la calle divertía.

Y las más osadas hacen
Aparocer una carta,
O un anónimo que cosas
Del mundo talvez osarta.

Pero el confesor descuide
O el Prelado en su tuición,
Ya no jugará otra cosa
Que la neta desunión.

LA DESUNION Y EL SUSURRO.

Si à constitución y reglas
Y à vida común se ha hallado
Sujeta una casa poco
Deja à la historia, digamos:
En llanura de Caranqui
Y en triste Ibarra seis años
Las monjas cuentan en ruinas
Y mísero desamparo.

Aquí y allá trabajaba
El demonio de los claustros
Con desunión y susurro,
Cosas de monjas, ¿estamos?
¡Cosillas! no diré un genio,
Cualquier espíritu escaso
De raíz las conjuraría,
No con pláticas ni amagos.

Escrupulosos espíritus
Con los sermones tamaños
Se aplican todo ó lo aplican,
Se trastornan ¡hé aquí el diablo!

Añádase à ese trastorno
El que el orador insano
Sea en desunión habida
Un negro abanderizado.

¿Sabrían los oradores
Lo que llaman círculo alto
Diabólico, do giraba,
Con que visos y en que grado?

¡Auz, Santillán, de eternos
Mundos aquí levantaos!
Porqué entonces no vinisteis
A conjurar tal estrago.

No hallaríais ni en pañales
 La Mística que en el claustro
 Poder ejerce absoluto
 Con el moral à trasmano.

¿Vieron los estirpadores
 Lo que por súbito asalto
 Se exalta entre las ideas
 De espíritus endiosados?

¿Vieron que esas avenidas
 Son de crisol los relámpagos
 Do se purifica el alma
 Para acelerar el paso?

¿Quisieron que las virtudes
 Ocupen su bello campo
 No en ejercicio y combate
 Sino en profundo marasmo?

¿Oradores, moralistas,
 Podrían dar con el clavo
 De la desunión surgiendo
 En mar para ellos extraño?

¿Podrían à susurrones
 Ellos susurrones machos
 Cortar el ala al susurro,
 Siquiera desalentarlo?

Ellos harto desunidos
 ¿Cómo encaminar el paso
 De la desunión à la honda
 Paz sino por un milagro?

Mas por volar un susurro
 ¿Era de extinguir el claustro?
 ¿Por desunión una sola,
 Perdida en oscuros antros?

¿Por Judas el desunido
 El susurrón à destajo
 Fué à extinguir sin compasión
 Jesús el Apostolado?

Con los once contentóse,
 Dió sus párpados al llanto,
 Gimió triste sin consuelo
 Sobre el alma del ingrato.

¿Y à los que imitan à Cristo
Las diez almas contentaron,
Fuera de las tres que estaban
En Quito hacia cinco años?

¿Consultaron al Cabildo
Sobre un asunto tan àrduo?
¿Se imploraron ¡ay! las luces
Del Espiritu Paráclito?

Y sin una admonición,
Dí tù, Justicia de lo alto,
¿Era de quitarle ¡ay triste!
La vida al convento santo?

Si *desunión y susurro*
Calificaron los bárbaros
Por delitos contra el orden
Del instituto preclaro,

¿No les quedaba el arbitrio
De en el Señor castigarlos,
Después de emplear los medios
Que halla la prudencia à mano?

La rijidísima Regla
Les dice en tipos de antaño,
Que haya cárcel, haya cepo,
Grillos y otros renacuajos

Para contener delitos
Dignos de aquel aparato,
Una vez que incorregibles
Puedan cundir en el claustro.

¿Saludaron à esa Regla?
¿En ella se menta acaso
La abolición ciega, torpe,
De un instituto preclaro?

La desunión y el susurro
Traerán pues consigo el daño
De un código penal que mata
Y se queda sano y salvo.

Salve... no: para las almas
Que llevan perverso paso,
Hay, con todos los tormentos,
Un lugar llamado báratro.

¿Irán al cielo esos hombres
Por más que acopien sus manos
Las maceraciones todas,
Los más brillantes milagros?

¿Dónde se esconderán, dónde
Esos espíritus flacos
De la suprema Justicia
Que va desde eterno caos?

¿Y podrán jamás salvarse
Los torvos que á descalabro
Tan tremendo aun contribuyen
Con no remediario al paso?

¡Ay! estos que aun respiran
En Ibarra ambientes sanos,
Con los de insana conciencia
Al infierno van á saltos.

Sin restitucion, permita
La vulgaridad su espacio,
No hay salvación, no, jamás,
Porque hay eterno reclamo.

*

*

*

Tú del Corazón divino
Aderador el más alto,
Tú que esperanzas al cielo
Das en el siglo preclaro;
¡Oh! Ilustrísimo Gonzalez,
Debéis promover temprano
El que sean restituidas
Las Conceptas á su claustro.

Oyeme: si de virtudes
Un conjunto soberano
Te concede Dios eterno,
No lo dejéis al fracaso.

Lo que hizo tu Antecesor
Con error involuntario,
Ahora deshaz, ahora mismo,
Te pido á tus piés postrado.

Involuntario fué todo.....
 Tu Antecesor ¡ay! un santo,
 Meticuloso rendía
 Al poderío su báculo.

El corazón de una virgen
 Se intimida al puro abrazo,
 Cual la púdica mimosa
 Al repentino contacto.

Un angelito del cielo
 Cree ver los ojos del diablo
 En las hojas que ha movido
 El viento en *susurro* vago.

¡Qué! Una sombra á sus espaldas
 Serpeaba, dándole espanto,
 Por quitarle de las sienes
 La mitra con gran escándalo.

Y el desaire en amenaza
 Prepara sin embarazo
 La renuncia que fué puesta
 A sabor del poder alto.

Involuntario fué todo,
 Y esto el pueblo revelar lo
 No osara porque gemía
 La imprenta en oscuros antros,

Como el alma viadora,
 Atenazados los labios
 Por el demonio, no tiene
 Una voz para desahogo.

Oye: con sus pingües rentas
 El monasterio á los gastos
 Como de un pueblo atendía,
 Ahora ¿qué viento contrario

Furioso las sobrecoje?
 Sólo una escuela, tu encanto,
 Sostienen, la cual pagada
 Era siempre con descanso.

Con tres monjas que envió Cuenca,
 Fué el monasterio fundado,
 ¿A tu afán quedará corto
 El cielo de inmenso espacio?



EL FISCAL.

I

Cumplo una misión que de antemano
Me dió en secreto singular el cielo,
De que denuncie con profundo celo
Cómo cayó el convento soberano.

De la mano de Dios cayó rendido,
Abrasado en la llama del averno
De las bajas pasiones, y en eterno
Abismo yace todavía hundido.

Se hechó de menos con holgar del mundo
La cristiana tuición, ésta palanca
Con que do Cristo la barquilla blanca
Surca los mares de crujir profundo.

Y se vió ahogada por feroces hechos
La alta voz de los Cánones severa,
Y hasta la voz que baja de la esfera
De natural defensa en los derechos.

.....
Ahora, que el corazón gime y lamenta,
Y en la que nos espera eternidad,
Tendrán los que causaron la tormenta
En mi voz severísimo Fiscal.

Tanto más si al oído aduladores
Andaban de un poder à otro poder,
Tanto peor si se oyen los clamores
De madres que prorumpen ante el Juez:
Sabemos ¡oh Señor! que aquí existiera
Un monasterio santo, y tiempos van
Que estas vírgenes pobres en la fiera
Mano se han malagrado de Satàn.

Ellos responderan: Unido estaba
Aquel susurro à clara desunión:
Replicarán las madres: todo hallaba
Remedio natural en la razón.

II

Como en fértil jardín la yerba nace,
Así nace también la desunión,
Así primero asoma la discordia
Su gran cabeza armada de un tizón.
¿Porqué el confesor prudente, sabio,
La naciente maleza no cortó
Antes que una ligera raíz echara,
La raíz que minó el templo del Señor!
El que oye en confesión es el custodio
Arcángel en la casa de su Dios,
De quien lo porvenir tendrá delante
Si se consagra humilde à la oración.
¿Mas quièn aleve reveló primero
La *desunión privada* cuya voz
Ha debido prederse en el silencio
De la clausura donde no entra el sol?
La reveló en confianza ó en denuncia,
Lo uno y lo otro guardarse con tesón
Bajo el oscuro velo del sigilo
Se debía ante el celo del Señor.
Pero esto sucediera: ¿Ellos no vieron
Que se trataba del divino amor,
De un conjunto de vírgenes inermes,
De la honra misma del eterno Dios?
¿No vieron que el convento en su prestigio,
En su riqueza viva, en su esplendor
Desafiaba à los siglos? ¡Ah! ¿no oyeron
De la inocencia el llanto y el clamor?

A LA JUVENTUD.

¿Véis en los campos oliseos
De la patria el mustio paso
De usurpación? ¿quedaréis
Sordos al pronto reclamo?

Oídme, Juventud católica:
"El Derrumbe" bajo el brazo,
Cuando sea tiempo marchad,
Marchad hacia el Padre Santo.
¡Tu monasterio! Las monjas,
Resto de infortunio tanto,
¿Dónde estan? ¿dónde una à una
Las traga el sepulcro extraño?
Y las devueltas à Loja
¿Cómo con el rostro pálido,
Todo el corazón deshecho
En la angustia, en el escarnio?
¡Ruda extinción! La cabeza
Inclino al supremo fallo
Del Gran Pio, no así al dolo
Con que aquí lo prepararon.
En tres lustros lo extinguido
¿Dónde vois el adelantó
Que os ofreció la fortuna?
¡Veréisle siempre en atraso!

LA FUNDADORA.

Aquí del sepulcro alzarse
Una Abadesa, es del caso;
La Fundadora...diría
Con la amargura del llanto:
¡Extinguido! Desparece
Una flor en el verano,
El arroyo en la sequía,
El cielo bajo nublado.
Las prendas con que al Eterno
Sirviera desde el temprano
De su vida....¿dónde yace
La regalía de lo alto?
Murid su cèlica dicha,
Volaron à país extraño,
Envueltas en tal destino
Las que de Loja se enviaron.

De Loja.....flores alzadas
Sobre pensil de Dios Santo,
Las arrastra el torbellino
A la tierra de su ramo.

Marchitas sus hojas, seco
Su caliz donde el regazo
De la brisa se animaba
Para perfumar el campo.

Por horrendos precipicios,
Desiertos caminos, páramos,
Al sol, à la lluvia, errantes
Alondras de país lejano,
Id en Dios, almas queridas,
A vuestro natal paraíso,
Y olvidad el hospedaje
Que os dió el infelice claustro.

A placer del grande Pío
Número hubo necesario
Con vosotras, hoy un hombre
Encuentra número escaso.

¿Quién os extirpa sabeis?
No es García el soberano,
Es sólo el racionalismo
Que se disfraza muy cauto.

¡A Dios! En mi corazón
Prometo nunca olvidaros
Hasta que el Señor os traiga
Al universal descanso.

Tus bendecidas hermanas
Que en el terrífico, infando
Terremoto no perdieron
La vida por juicios altos,

Hoy espuestas al granizo
Azúcenas de los campos,
¡Ay! desdichadas à Quito
Van y estarán sin descanso,

Desde ese cielo acá viendo
El clamor del desengaño,
Deseando estas dulces brisas
Tivias del sol con los rayos.

Allá lo que al forastero
 Le cerca...no, no digamos,
 Que la caridad cristiana
 Nunca faltará de lo alto,
 Les faltará sí la vida,

Este desplomado claustro,
 Este dulce, tuvo ambiente
 Contrapuesto con el páramo
 De Quito que se reclinó
 (Las oigo) en musgo nevado,
 Y levanta la cabeza
 Del ejido para el plano.

Dónde hallarán ¡ay Dios mio!
 El suelo del amor patrio
 En que posaron sus cunas,
 ¡Tendrán un sepulcro extraño!

Y devorador recuerdo
 De cosas que acá quedaron,
 Acá no cortas ni vanas
 Sino escelsos simulacros.

La imagen de la Purísima
 Por entre celestes rayos,
 ¡Ay! desde altar preferido
 Les alarga amiga mano.

En ellas fulgentes ojos
 Que á hijas felices miraron,
 Clava toda ella ternura
 Y toda amor sobrehumano.

Luciese risueña aurora
 O entre neblinas acaso,
 Por ellas al cielo envía
 Una oración bajo el manto.

Sea reciente mañana,
 Suba el sol al meridiano,
 Siga el rápido descenso,
 Moribundo esté en ocaso,
 Siempre la divina Madre
 Con ellas al diestro lado,
 Quizá más dulce, más tierna
 Les presta apoyo en su brazo.

Y hoy su corazón en ellas
Y en su frente el dulce labio,
Llega à darles ya consuelo,
Ya el último à Dios acaso.

Mas, una corona de oro
Guarnida de ciprés claro
Entrega tal vez con lágrimas
De las viajeras en manos.

Guardadla, quiso decirlas,
Este místico regalo
Es de una madre à sus hijas
Que van à sepulcro extraño,
Ved à Francisco de Paula
Bajando en ajenos brazos
De su altar: él os promete
En la vida acompañaros.

A Dios ¡mujeres de gloria!
Si os odia Ibarra reacio,
Es esto el gran distintivo
Que engrandece vuestros pasos.

LA IMAGEN DE SAN JOSE.

Es segundo terremoto,
Serà de setenta y cuatro,
Decía, la vista atenta,
El pueblo aquí cabisbajo.

Virgenes, solas, inermes,
Victimas del descalabro,
Sujetas à aciago influjo
Del estrepitoso mando.

Yo añadí: Almas candorosas
Unas que en confesonario
Escuché, devotas, santas,
Y que en el temblor finaron;

Esas almas bendecidas
De Jesús amante amado,
Hijas tiernas de Maria,
De Dios Padre anhelo sacro;

Esas bajadas alondras
Del cielo para bien alto,
A Dios clamaban por mi alma,
Y en su pecho la encerraron.

Yo por ellas ofrecía
El sacrificio en que el Santo
De los santos à su Padre
Se entrega por holocausto.

Y à la imagen sacrosanta
De san José por mandato
De ellas ví, en felice tiempo,
Dorándola el estatuario.

Vi que en el amor divino
Querían la honra del Santo;
Vi un coro de serafines
Y al Niño à su diestro lado.

Y el alma se vió arrobada
Ante altar que levantaron
A san José, cuya imagen
A ésta Catedral se trajo
Poco después que el destino
Como furifundo rayo,
Dispersó las buenas almas
Hacia triste desamparo.

Desde entonces Ibarra llora
Por sus monjas, viendo el claro
Celestial que aquí se abría,
Y hoy en ruina está trocado.

Sí, llorará. Y tú, Patriarca,
Llora tambien sin descanso,
Véis en tu presencia no oran
Las que tu imagen alzaron.

Estas brilladoras auras
Que cruzan sin embarazo
De la Catedral en torno,
El oro y coral besando;

Estas perfumadas flores
Dispuestas en lindos ramos,
Las oriflamas.....los cirios
Ardiendo desde temprano;

Estos sedosos matices,
De plata los candelabros,
Aquella nube que asombra
Al vaivén del insensario,
¡Ay! ¡no son los corazones
Que un tiempo tu altar formaron!
Nada de entonces....y triste
Al Niño ves à tu lado!

EL CONSEJO Y EL PIE AL ESTRIBO.

Sed et serpens erat callidior.

Queden à tradició, que es la viviente
Página del pueblo lastimoso,
Nombres que el tenebroso
Círculo formaran de la muerte
En contra de la suerte
De la casa de Dios, que aquí se veía,
Cuando su santa majestad quería.

A sorda tradició ó sea clara
De Imbabura, del mundo y del averno
Dejo el sonrojo eterno
De ciegos que tuvieran
Parte en la extirpación, ó que la vieran
Con alta indiferencia, cual no toca
El leve arroyo à la escarpada roca.

Pero si en fojas algo se denuncie
Y en ellas estampado se ve un nombre,
No à tradició de hombre
Ciega quedará mi corta musa;
No que sorda y profusa
Al clavo tocará del pensamiento
Sonoros nombres para dar al viento.
¡Fué el à Dios! Como, antes de elecciones,
Pensábase à Esmeraldas en caminos,
En industria, en los fúlgidos destinos

De la patria en progreso,
Se dispuso exprofeso
La comunidad ponga tremulenta
El pie al estribo en medio de tormenta.

La afligida con tiempo se propuso
No dejar, no, ni à fuerza de tormento,
A su extinto convento;
Y dábase à esperanza comfortable
De que el hombre variable,
Susurro y *desunión* olvidaria,
Y todo à ser perfecto tornaria.

Procipio el Breve de extinción mandaba
Que la infeliz morase do quisiera;
Pero ¿quién procáz? ¿quién con severa
Y à la vez tierna voz le persuadía
Que à desgraciado Ibarra convenia
Dejar en el momento,
Aunque ello cause funeral tormento?

"Voluntad de Dios es que te vayas
A Quito, alta familia"; voces tales
Movidas por las sales
De Satanàs vibraron como azote
En boca de un anciano sacerdote,
Que de antiguo solía
Oír à principio audáz que aquí vivía.

El qual de suyo tuvo en ligereza
Darlás en quita allà de progresista,
De sabio canonista,
Y, yéndose por plazas y barriales,
Decía que las turbas monacales
Recojer se mandaba,
Y en culta Europa el claustro no pasaba.

En toda ciencia y garrula embebido
Del naufragante público conhorto,
No veía en espacios otro norte
Sino la propia idea de su zona,
E ibase en ancha lona
De fortuna à las ráfagas del viento,
Los mundos arreglando à su contento.

"Voluntad de Dios es que se vayan."

¿Porqué signo sabría el triste anciano
El resplandor que vive en el arcano?
¿Por el oscuro tiento
De que acaso era ciego instrumento?
¿Por el feroz, luciferino impulso,
Al cual en su ceguera tomó el pulso?

La suerte, él añadiera, que ellas corran,
Aunque pare en letárgico desvío,
No será parto mío;
Mas de hombres poderosos que su mente
Levantán al oriente
De vanas ilusiones sobre el vuelo
Mientras sus alas pliegan contra el suelo.

"¡Es voluntad de Dios!" ¡Ah sacerdote!
¿Dónde pierde su vida sin aliento
Un antiguo convento
A manos de un *susurro* desparcido,
Por *desunión* herido?

Gózate pues, ¡candónigo! las palmas
Bate delante de esas tiernas almas.

Y tú mismo, serpiente, ó fuere otro
O ambos, de la carne con prudencia,
A la torpe inocencia
Dijistéis que cada una dispondría
En propio indisputable del que había
Abundante dinero,
Por mensales al ancho del sombrero.

¿Quién, miserable, te pidió consejo?
¿Quién te mandó vibrar destructor rayo
Sobre almas que en desmayo
La vida detestable les sería?

¡Ay, tu encallado corazón qué hacia?

¿Y qué tu mente loca?

¿Porqué el averno no sumió tu boca?

Con tu consejo ¡a Dios monjas lojanas!
Con tu promesa ¡a Dios imbabureñas!
De maldición las peñas,
Horrible, horrible, desgarraron todo
El corazón divino, y en el lodo
Del dolor y la infamia al desatino

Entregado fué, y á insólito camino.

Guiada por mansísimos sayones,
Y en jacos, que buscárase en el llano
El instigato villano,
Va á impulso del poder desparramada
La grey, cual desalada
Tími la ave, que perdiera el nido
Al viento de lumbabura enfurecido.

Como en el Viacrucis las señales
De la pasión, así quedar se viera
En las calles, afuera,
En travesía, en páramos, deshecho
Su rostro en llanto y en dolor su pecho,
Su mente al cielo alzada,
Trasfundida en la niebla de la nada.

De escombros éste aspecto furibundo
Y su seno que brega mil quimeras,
En adentro, en afueras
De la mustia ciudad espavorida,
Por llanto humedecida,
Serán ante los cielos inmortales
De extirpación impia las señales.

«¿Es voluntad de Dios!» ¿No del demonio,
Del ángel que á su vez de luz se viste?

¿Cómo lo distinguiste
En tus adentros de senil materia?

¿Cómo tu alta miseria
Sabría penetrar en el arcano
Que no está de los Angeles en mano?

Atóse tu consejo despiadado
Al querer de Satán, quien reverente
A la tuya su frente

Inclinará por siempre, en ella viendo
Pintado el triunfo horrendo

De sus armas.... su gloria....
Gózase, te cree digno de memoria.

Sin tu consejo, piénsalo, de Ibarra
Desalentado el pie no moverían,
En Jesús confiarían;
El Instituto de su casa dueño

Conservádola hubiera con empeño;
 Y la vida en común de diez tan sólo
 Dejaría à la fábrica un gran polo.
 De Inmaculada en manos, que no olvida
 A congregadas hijas, con decoro
 Seguido hubiera el coro;
 Y, con Jesús el trato continuado,
 Propio del pan sagrado,
 Con el lustre de honor y de la suerte,
 Extinguido esperara aquí la muerte.
 ¿Qué! Presente este cielo, realzada,
 Prevenida por la alta Providencia
 La moral resistencia,
 Que se da aun en lo informe desvalido...
 Quizà ya restituido
 Al antiguo esplendor de la esperanza,
 Se viera el Instituto en venturanza.
 —De voluntad divina espera, Ibarra,
 Que el tiempo mueva y el quoror del hombre
 Para que el santo nombre
 De Inmaculada Virgen reflorézca,
 Y en nuevo brillo plácido aparezca,
 Como rosada aurora
 Que deshace la niebla tembladora.
 Sus lindísimos ojos como vieran
 La luz nueva de su Bien amado
 A gloria levantado
 De muerte sobre negros resplandores,
 Así al convento en vívidos colores
 De vida y de misterio
 Lo vean del Señor ante el imperio.
 —Y con Justicia eterna al avocarse
 El extinguido débil, vealo el cielo
 En amargura y duelo,
 En el llanto sin término, en el lodo;
 No, no, Dios mío, todo
 De tu clemencia se halle bajo el ala;
 Tu santísima cruz le sea escala.
 Cerca à lecho mortuorio vele el Angel,
 Que sobre losa de alta luz fué visto

Cuando á la vida Cristo
 Volvió triunfante de la muerte, ufano;
 Llèvele de la mano
 Sobre la nube airosa, refulgente
 Que recibió leda á Dios omnipotente.
 Pero con ígneas alas fulgurosas,
 ¿Qué malignos espíritus batallan?
 En los aires estallan
 Voces de triunfo, el lauro realzado
 Que cada uno ha labrado,
 Levantándole fieros contra el cielo
 Que indiferente mira al torpe celo.

EL ADIOS DEL ANGEL CUSTODIO.

¡Miserol diré adios: Oigalo Ibarra:
 ¡Adios, Ibarra! ¿quó onlutado volo
 Cubre tu derredor desde aquel cielo
 Que espantoso se arroja sobre mí?
 ¿Quiere acelerar fiero mi marcha?
 ¿Quiere en estos escombros sepultarme?
 Triste de mí, no sé, solo acavarme
 Siento á la idea de salir de aquí.
 ¡Ay del claustro de Dios! El monte torvo
 Sobre mi alva cabeza se derrumba:
 Es voz de que me vaya, el grito zumba
 Del hórrido volcan. ¡Ay de mi fé!
 Sólo veo anegarse en fiero lloro
 El cielo que estuviera á mi cuidado,
 Sólo veo quedarse traspasado
 Mi corazón que siempre suyo fué.
 ¡Es preciso marchar! Romperé luego
 Las cadenas que me atan á esta tierra
 Donde fuera feliz ¿Quién aun me aferra
 Al seno que felice me amparó?
 Como aspid al destino entre las flores
 Lo ocultabas ¡oh Ibarra bendecida!
 ¿A qué en final me prive de la vida?
 ¡Ay! La hora de la ausencia ya sonó.

Me voy, mis lágrimas lo dicen. ¿Viste,
Tierra adorada, más profunda pena?
Los estupendos Andes su cadena
Ya acerquen á mi planta celestial.
¿A dónde voy sin cielo, á dónde
Para siempre ¡ay de mí! si tal ha sido
De Voluntad suprema, sea cumplido
El destino.... ya arrástreme fatal.

No os sepultes entanto en desesperanza,
A ser feliz el cielo te destina;
Solicita tus pasos encamina
Por la moral que forma el porvenir.

¿No veís cómo se alza presurosa
La ciudad que no ha mucho desolada
Lloraba bajo ruina? Afortunada
En via del Pailón irá á surgir.

Empero ¡ay de tí! en caso que conviértas
Tu libre voluntad á los sentidos,
Que van en pos de goces prohibidos
A levantar una ara á la razón.

¡Adios! Y riegas un raudal de llanto
Detrás del monte que entre nube riela;
No llores....en el páramo se hiela
El arroyo que vierte el corazón.

CONJETURAS.

Mas sobre mesa, traida á la lijera,
Asonó una romana acaso fiel
Y una balanza larga de madera,
Y gran pluma, y tintero con papel.

Ahí su fiel la romana ¿qué hubiera hecho
Si hubo maldita mano con escobas?
Giró, estremeciendo ignoble pecho,
Para pesar de plata unas arrobas.

Y el guarismo atontado recorria
Por los hilos de perlas y corales,
Por los búcaros de oro y pedrería,
Por cálices y dijes y frontales.

Y á postrer mano alzose la balanza,
¿Quién lo creyera? no inclinó la fiel,
Por decirles que inmovil desesperanza
De salvación mantengan ante Aquel.

.....
.....
.....

Y la fortuna, como hasta hoy compuesta
De cinco fondos, lánguida testuz
Movía en torno, mientras larga fiesta
Ahogaba el brillo de ibarreña luz.
Y apareció prolijo un inventario,
Un papelote que á razón se dió
De la existencia toda en modo vario
Para mostrar que todo se cumplió.

CANCION DEL DEMONIO EN PISQUE:

Alzad á las nubes el canto,
Demonios que estáis sometidos
Al reino de brasas, ardidos
Alzadlo con nuevo esplendor.

Mil lauros brillantes adornan
Mi sien que á batalla leones
Conduce por altas regiones,
El mundo á volcar en furor.

Es gran libertad, mi querida,
De aquel despotismo guiada,
La causa que lleva á la nada
Los mundos que el culto crió.

¡Ahl esta deidad se complace
En pronto rendir su melena
A infausta, nefaria cadena
Del dèspota á quien humilló.

De gran libertad en el aura
Benéfica, pura, sublime,
Se da el corazón que no gime,
El cielo se da de safr.

Maligna, apestable, (lo veo)
Si mezcla su luz, la de aurora,
Con mal que la astía, y devora
Su propio desvío al morir.

Conforme à diabólico juicio
La parte parada del clero
Ha puesto à querubés sombrero
En vez de la toca nupcial;

Y ha dicho: ¡A caballo mujeres!
Las luces del siglo detestan
El velo que os cubre, y protestan
Contra ese terrífico mal.

Ya vedlas en Pisque gimiendo,
Del sol tropical à la hoguera,
Delante la horrible carrera
De infierno que traza Lushel.

Si al cielo levantan los ojos,
Peñascos tan sólo remiran,
Y tímida planta retiran
Del borde de abismo cruel.

A cada ¡ay! de su pecho rondido,
A cada suspiro que exhala,
Por cada llorar que resbala
En mustia mejilla de Dios,

Arroja el averno de lo alto
A vuestra encendida cabeza
El lauro que tanta proeza
Merece de lo inclito en pos.

Al fin se verán sumergidas
En llanto y dolor, à la puerta
Que à impulso satánico abierta
Desde esta eminencia se ve.

¡Oh cielos, oh aires, oh Pisque!
A gran libertad miles vivas,
Y à avérrnicas fuerzas activas,
Y al mundo que yace à mi pie.

VARIAS VOCES.

PRIMERA VOZ.

Al zigzac de Guailabamba
Llegan las almas de Cristo;
Los que por ahí las han visto,
Lo sienten de corazón.

Y à Chingiltina en llegando
Una sed de agua no pidan,
Pues hasta aquí las olvidan
Los cielos sin compasión.

SEGUNDA VOZ.

Son las almas *susurronas*,
Y acá para mí discurso
Que sus celestes coronas
Envueltas han sido en lonas
De incomprendible *susurro*.

Sea comprensible ó no,
Lo cierto, que bien se ve,
Es que un susurro sin pró
Ni contra por ahí voló
En boca indigna de fe.

TERCERA VOZ.

Susurronas no serán,
Pero fueron desunidas,
Por eso siendo vencidas
Camino adelante van.

CUARTA VOZ.

A su caída insólidum convergen
El escarpe de impávida oratoria
Y una así pepitoria
De confesores y una buena parte
De los que en torno del poder el arte

Poseen en buen punto,
De mezclarse no más en todo asunto.

QUINTA VOZ.

La falsía	A flor caída
De colores	De Imbabura
Seductores	Es segura
Se vistió;	La orfandad,
Mas la intriga	Que a su planta
Con extrañío	Sin consuelo
Desengaño	Sòlo hay hielo
Las hirió.	Y crueldad.

SEXTA VOZ.

De libertad el vuelo, semejante
Al de águila caudal, sobre el abismo
De la luz se nos muestra, y rosagante
En su cumbre se ve el racionalismo.

SETIMA VOZ.

¡Oh, Espíritu! Tus esposas
Para quienes el divino
Corazón las misteriosas
Horas formò mas penosas
De su celeste camino,
Del ejido el verde llano
En el Señor han vencido,
Y en su corazón la mano
Les dice que está cercano
De su Dios el dulce nido.

OCTAVA VOZ.

En abismo supulta sus' hombres
El error racional, y los lleva
Suavemente ofrciéndoles nueva
Una senda que para en cenit.

Caviloso, profundo, agresivo,
El es padre de errores sin cuento,
El contrahace sin duda el asiento
Del Eterno en el alto confín.

NOVENA VOZ.

De la tumba el silencio os acompaña,
¡Oh mujeres de gloria,
El espíritu que daña
Encerrandoos aquí ve su victoria.

DECIMA VOZ.

Orad por los que os persiguen
Y calumnian, dice Dios.
Orad pues. ¿Algo consiguen
Sin restitución en pos?

LA BIENVENIDA.

Del Señor las puras almas
Entran en la Concepción
De Quito, en la mano palmas
De su inocencia blazón.

Las calandrias de Imbabura
Bienvenidas á esta casa,
Bien, bien, ahora se inaugura
Para ellas gloria sin tasa.

Forasteras....otro cielo
Las mira, y otra techumbre
Abriga su augusto velo
Lleno de divina lumbre.

Quedan en luciente barca
Las que atraen el cariño
Del santísimo Patriarca
Y del dulce Jesús niño.

Hijas de María, pura
Conciencia y corazón fiel,

A la Madre de ternura
Ofrezcan siempre ante Aquel.

Vele por ellas con más
Anhelo Jesús, su esposo,
Y no les falte jamás
Con el manjar delicioso.

Procuren el gran consuelo
Que está en la práctica santa
De las reglas ¡oh! es el cielo
En valle de angustia tanta.

Eva infelice cayera
Por no observar cual debía
El precepto que le diera
La inmortal Filosofía.

¿Habrá en la vida contento
Mayor que con la obediencia
Conformar el propio intento
Cómo dicta la prudencia?

Aquí ¡oh! almas de Imbabura!
Olvidad à vuestro monte,
En Dios la quiteña altura
Os presenta su orizonte.

Do quier la divina ciencia
Prodiga célicos dones,
Y acoje con su clemencia
Los ingratos corazones.

A vuestro oído ya zumba
La voz ronca de la muerte,
Y aquí os prepara una tumba
Uniéndose à vuestra suerte.

¡Bienvenidas! El Esposo
De las almas fugitivas
Aquí os brinda cariñoso
El torrente de aguas vivas.

Tenéis ya su corazón
Seducido, dadle gracias,
Y en su divina efusión
Olvidad tristes desgracias.

Negaros allá pudieron
Un consuelo à cruel pena,

Y desalmados hicieron
 Que aquí se abriese otra escena.
 ¡No lloréis! el llanto amargo
 Clamará al cielo bendito,
 Y quizá terrible cargo
 Sea contra hermosa Quito,
 Que la vida de García
 En balanza se ve puesta;
 Triste de él que incauto oía
 A ibarreña voz funesta.

HIMNO DEL DEMONIO SUSURRON.

El fiero destino,
 Lo quiso mi pecho,
 Bajo un mismo techo
 Os junta en final.
 Al cielo perdido
 Cantemos quiteñas,
 Cantad ibarreñas
 En coro á la par.

No vibres ¡oh cielo!
 Tu rayo fugaz,
 Por débil el hombre
 Va en pos de su mal.

La pálida tarde
 Su luz macilenta
 Derrama, y la orienta
 El ángel fatal.
 Llegó éste de Ibarra,
 Los montes sombríos,
 Los turbidos ríos
 Besado han su faz.

No vibres, &^o
 El mundo de monjas
 Llegó entre lamento,
 Lo trajo el buen tiento
 De la libertad.
 La ven complacidos
 Aquí corazones,

Y mágicos sonos
 Entonan á igual.

No vibres, &^o
 «Susurro» los campos,

«Susurro» los vientos
 Resuenan violentos
 En són primordial.

Y allá en lo profundo
 Repite sombría

«Susurro» la impia
 La trágica mar:

No vibres, &^o
 Los más susurrones

De Ibarra sombría
 Que canten hoy día
 Un himno de paz;

Que al fin del averno
 Concordia aparece

Con cielos...florece
 La oliva inmortal.

No vibres, &^o
 Son Manes modernos

Que entablan dos seres
 Contra estas mujeres

Con sumo gozar,
 E hinojos inclinan

El uno al gran mando,

El otro al infando
Terrible Satan.

No vibres, &^{es}

Se ve ¡oh ibarreñas!
Que el cielo enemigo
No quiere consigo
Teneros ya más;
Tal vez de su gracia
Perdisteis el liado,
Y el torvo prescinde
De vuestro anhelar.

No vibres, &^{es}

El pueblo que daros
Debía la mano
En contra de vano
Querer pertinaz,
Se ofusca, se pierde
Dejándoos luego
Al hórido fuego
De ardiente volcán.

No vibres, &^{es}

Dé propios jardines
Allá lindas flores
Con otros colores
Gozaba el altar.
En estos altares
Más bello, pulido
Adorno florido

Tendréis por demás.

No vibres, &^{es}

Y en caja se guardó

Por hombre cazurro
El noble «susurro»
Dispone Satan;
Y manda lo suelte
Tan solo de noche
Montado en el coche
De muerte triunfal.

No vibres, &^{es}

El libro más grande

Del fiero destino
Señala con tino
Un fin más allá,
Allá hirviente llama
Al seno conduce
En do nunca luce
El sol de verdad.

No vibres, &^{es}

Aquí ya encerradas,

Yo parto à Imhabrada
Por donde fulgura
La niebla infernal.
Aquí mi persona
Se tuvo precaria,
Allá necesaria
Por siempre será.

No vibres, &^{es}

LAS MENTIDAS ESPERANZAS.

Cuán fugaces las horas de contento
Y de gozar huyeron de repente;
En su lugar quedara la tristura
Con el dolor y llanto ¡Ay! indolente
El mando ó terremoto en un momento
Extirpando el convento
Quitó al sexo un refugio de clausura.
Cuántas en desventura

Sobre un esteril llano,
Tendiendoles la mano
La desnudéz, el hambre, el extravío
Y la muerte, aquí veo....que el Dios mio
Sus brazos escondiera entre su seno
Y à errabundo albedrío,
En castigo, abandona al malo, al bueno.

Y à la escualida Imbabura,
(Fué inducida en el engaño
Con estrategia, recurso
De todo gobierno flaco,
A la infeliz de infelices
Se le dió el esperar vano
De que la hacienda de monjas
Se iba à dar *to-la en pedazos*,
Ya à las huérfanas niñas
Que en desdicha y desamparo
Dejó el temblor furibundo
Llorando en los verdes llanos,
Ya a las viudas y los pobres
Que ganan el pan amargo
En castigo de la culpa
De Adan soberbio é ingrato.
Mas cual si dictada fuese
Por el sempiterno labio,
A la siguiente ordenanza
Dió ser el supremo mando:
Lo que à las huérfanas *quepa*,
A sus parientes en grado
Cualquier sea todo al punto
Se entregará en neto cargo.
Todo hoy en las *manos muertas*
Vendrá mañana en el brazo
De los industriosos pobres
A alzarse cual por encanto.
De las niñas el talento
No puede quedar en vacuo,

Un colegio ha de montarse,
Y se llamará: "El Milagro."

El altar bien atendido
Será en sus *vivientes* manos,
Las luces de mayor fuego,
Más humeante el incensario....

Vengan, pues, los cinco fundos
Con sus aperos de antaño,
¿Hasta cuándo no utiliza
De ello el pueblo soberano?

Italia da buen ejemplo,
Espolio à espolio arbitrario....
Aunque las lágrimas corran
De la Iglesia en desamparo.

Venga, venga el Yacucalle,
Treinta mil lotes, tamaños
Les dará de buena tierra
Y sus vacas y caballos.

¿No habeis visto, imbabureños,
Sus frejoles, sus naranjos
Florocientes, sus camotes,
Su leche corriendo à cántaros;

Y su hortaliza de brotes
Cual de palmero lozano,
Y sus flores exquisitas
Sean en agosto ó mayo?

Cochicaranqui à las viudas
Dará un embolso cada año;
Es de pan sembrar fecundo
Y de muy floridos pastos

Naturales, donde ovejas
Y vacas de medro extraño
Brotan espumosa leche
A ríos aun en verano.

Tendrán la oca, la cebada,
La haba, sin mover un brazo
En la Abra, y la cacería
De conejos con trabajo.

La paja de ahí para techo
Ya se ve bajando en carros

Entremezclada con flores
 Que la hermoSean un tanto.
 De alto Chorlavi la leña
 Y el carbón en burros blancos
 Bajarán, y el mejor trigo
 Que se ha visto en el espacio;
 La madera y las mazoreas
 De mais exquisito, raro,
 Y sertas de preñadillas
 Que se pescan con cedazo.
 Tendrán con inmenso gozo
 El azúcar de Santiago,
 La miel blanca como nieve,
 El café bueno, el tabaco;
 Algodón cuyo capullo
 Es mas tamaño que un palmo,
 Y la calera que ardiendo
 Se ve como el mismo bátrato.
 ¿Y las alhajas? A corte
 De cincel ó à martillazos
 Se harán trizas à propósito
 Para el comunal reparto.
 No lo tal con los anillos;
 Estos se darán intactos
 A huerfanitas y viudas
 Para el palabreo santo.

 Pobres....el pobre gobierno
 Evitar queria un reclamo
 Por el pueblo ó un trastorno,
 Una insurrección acaso.
 Pobres....aun vivís réndidos
 Con el sudor del trabajo,
 Viendo à Yacucalle enteros
 Si bien casi sin ganados.
 ¡Huerfanas, viudas imbéciles!
 Del sepulcro simulacros,
 Os seducia el intento
 De ulteriores descalabros.
 ¡Vanidad! ved, pobrecitas,

¡Ay corazón! ¡ay escaso
 Barruntar, y fraude y dolo
 De vuestro enemigo el diablo!
 ¿Dónde fué la feliz suerte
 Con la flor de verdes años,
 Con los maridos? ¿a dónde
 Tantos ídolos de barro?
 ¿Qué de diabólicos fraudes
 Y mundanales engaños
 Ante Dios habrías vencido
 En el claustro al encerraros?
 Cuántas al morir hubieran
 Ido gloriosas de brazo
 Con Jesús por esa cumbre
 Tachonada de mil astros.
 Me diréis tal vez con lloro,
 Que del siglo fué el engaño,
 Del siglo cruel. ¡Ah llega
 Uno casi a disculparos.
 Vanidad desatentada
 Como suele de automano
 Penetró en quienes progreso
 Dan en destrucción, clamando:
 ¡Arriba luces, arriba,
 Abajo sombras, abajo!
 ¡Recoger se manda todo
 Lo que no es del siglo claro!
 Si; arriba las luces fueron,
 Mas no la hacienda *en pedazos*
 Ni otros jardines que al aire
 Las pobres mientes alzaron.
 ¡Qué de lucias esperanzas
 Para el porvenir sagrado
 Del colegio! ¡cuán dichosa
 La casa de Jesús Santo!
 Sesenta becas enteras
 De teólogos al Seminario
 Se prometía y trecientos
 Filósofos y mil gramáticos.
 ¡Oh mentidas esperanzas!

Dímelo, pueblo sensato,
Si darse puede esa suma
En los cien presentes años.
 Sesenta becas ¿en dónde
Lo relativo cuadrado
Con la población escasa
Se dará sino en milagro?
 ¿Siquiera habeis visto una
En sus estupendos claustros
Hasta hoy después de tres lustros
Que han corrido muy despacio?

.....
Y también á la Imbabura
Le queda el esperar vano
De que en vez de las conceptas
Le vendrá instituto raro;
 De aquellos que á peregrinos
Conservadores reacios
Pareciera una careta,
De la moda un simulacro.
 Pero una vaga noticia
Corrió en tiempo muy cercano
De que la madre Fulana
Iba á montar colegio alto.
 Cualquiera le desearía
Prosperidad en tal caso,
Que la ilustración del sexo
Débil es del siglo clásico;
 Mas una escuela primaria
Vino ayer de llano en plano,
Llamándose instituto
De conceptas en remplazo.
 Regentada por Hermanas
De la Caridad el campo
De la lid está obtenido,
Y se abren prospectos varios.
 El principio es la corona
De la obra (se ha dicho) vamos
Adelante y que lo vea
Este siglo de adelantos.

En la escuela está el acierto,
Esa firmeza, eso tacto

Que se oponga à las tinieblas
Y dé à las luces un lampo;

Dé al espíritu progreso
Y al de niñas que à su cargo
Estarán—¿Quiéren callar?

¿Les tiende el cielo su mano?
¡Exámenes! un programa
De esa escuela à los dos años,
Vaya . . . pero yo pregunto
¿Porpuè al tintero dejaron

El nombre que aquella tiene
Y el de quienes por acaso
La regentan en Ibarra,
No diremos en Tahuando?

Si es de niños ò de niñas,
Si en la ciudad ò en el campo
Sea el exàmen y à qué hora,
Nada dice el programa alto;

Mas al fin sin que se pinte
El mes corriente y el año
Ni el *pase* tan favorito
Que da à los programas garbo,

Se anuncia que el veintidos
Y el veintitres será el acto,
Y la distribución de premios
Justamente el veinticuatro.

¡Ah! entre densos nubarrones
Que no es facil disiparlos,
La escuela de las Hermanas
Anònima da sus pasos.

Así irá tu antigua escuela,
¡Oh monasterio sagrado
De la Concepción! tu Madre
La acoja bajo su manto.

Trece años van de la espera
A algun instituto raro,
¿Cuándo vendrá si rehuye?
¿Dó lo hallará el adelanto?

Dónde si la maldición
Del cielo se ve bajando
Sobre todas las cabezas
Para siempre entre mil rayos.

LA CASA DEL MONASTERIO DESHECHA.

Y obra del cruel destino
Que todo lo desordena,
Triste llegó al monasterio
La descolorida ausencia
Desde que á él arrancadas
Fueron las pobres gacelas,
Cuyas sombras aquí giran
Dando voces lastimeras.

Cuántos contrastes seguirso
Debian á tal escena,
Pero contarlos sería
Obra que fin no tuviera.

Hoy, Dios mio, á nuestros ojos
¿Dónde si no gruta negra
Aparece? empero todo
Es así sobre la tierra.

Caida y sola se mira
La casa, una muda selva
De que azoradas las aves
Han huido á lejanas cercas.

Aquí el vulgo oye á deshoras,
Mientras lluvia y vientos cuellan,
Cortadas, fúnebres voces
Y llanto y lamento y quejas.

¿Dó fué lo que á tanto precio
Aparecía cual cerca,
Cual tapia, cual muro bajo?
¿Dónde está la pobre iglesia?
Desplomada su techumbre
Despareció la primera,
Cariaranse sus paredes,

Sin valerse bambolean.

Derramòse el caserío
Al pie de la soldadesca,
Y ahora al olvido y al viento
Y à la lluvia que lo anega.

Al fin se ve en el dominio
Ajeno, que en subasta hecha
A él para siempre pasará
De ardiente lloro con hebras.

Quizà ese dominio tiene
Contra si la suerte adversa
De que lo nuevo que se alce
En la nada desaparezca.

A desmoronarse tiendo
Cuanto à la vista refleja,
Y darà sin embarazo
Sobre la marchita yerba.

Día à día reclinarse
Se mira la casa entera,
De entre sus mismos escombros
Al fin se hallará cubierta.

Entanto nocturnas aves
Como sombría quimera
Que aborta la fantasía
Sin intermisión revuelan.

Vaporosidad mefítica
Sea al sol ò las tinieblas,
Que amenaza con la muerte
Brotando estan esas cuevas.

Junto al paso los insectos
Y sabandijas se estrechan,
Y abren sus brazos y uocas
Por defender esas quiebras.

De pie sobre aquel escombros
El pensamiento no vuela,
Que todo se ve abstraído
De asolación por la idea.

Son esas, Chica Narvaez,
Las obras que sucedieran
A las tuyas que dos siglos



Se vieran en la entereza.
Esas son: de ellas ¡ay triste!
Se arrancaron tus gacelas
Con lágrimas, cuando el cielo
Lloraba entero por ellas.
Y cuando ellas vejan
Cúbrirse la prominencia
De Imbabura entristecido
Con llama rojiza-negra.
Mas sobre deshecha casa
Un demonio centinela,
En alto su rudo sable
Que ante el sol y las estrellas
Con los espantosos visos
De roja sangre refleja,
La guarda de tiranía
En nombre con faz rastrea
Para que no osara nadie
Con las humanas fuerzas
Levantarla, y jamás torne
La grey del Señor deshecha.
Cumplido vea el destino
Y la barbarie moderna
Su descomunal deseo
En Ibarra lastimera.

LA IMPIEDAD:

¿Qué aparece en esos tiempos?
El racionalismo plega
Sus alas, y el aire toma
De la mansísima oveja.
La impiedad astuta dice:
García entrañas de yena
Desconoce los derechos
De madre naturaleza.
¿Cómo no reirse del hombre
Que de cristiano se precia,

Y suprime el monasterio
Yendose á infernal caverna?
La dimisión del ilustre
Obispo Iturralde no era
Obra suya, era del mando
Instigación perversa.
Con tal Prelado ¿no habría
La desfallecida iglesia
Levantándose en el modo
Con que principió risueña?
Malevolencia profunda
García oculta . . . á la fecha
Quiere que otros monasterios
En Quito desaparezcan.
Corre al templo á dar las gracias
Al Señor cuando degüella,
Y lo mismo, al fin del año,
Ordena lo haga la iglesia.
Pero esto Roma no sabe,
Ni que el azote en su diestra
¡Ah! el Ecuador sucumbido
No tiene humanal defensa.
¿Cuánto sus hechos desdican
De la cristiana conciencia,
De la fe que acá nos vende?
Pero ya luce una estrella.
Desilusiónse el pueblo,
La venganza en sí misma entra,
El puñal oculto afila,
Y sólo ocasión espera.
Caiga luego la fe santa
Del sitio que la contempla;
Sobre negro, inmundo lecho
Caiga por fin la cabeza.
Caigan también confundidas
Las sombras que se perdieran
Por complacerle, aquí están,
Aquí se miran abyectas.
Verdugos del monasterio
Esas sombras hoy revelan

Su perdición en el mundo
Y quizá en la vida eterna.
Caigan, el orco las llama,
Las absorbe, y encadena
Con ferocidad - Cumplióse,
Si... de dos años à vuelta.

El Napo arrojò el puñal
De Tahuando à la ribera,
Y acogiòlo por la suerte
Una sociedad secreta
En Quito, donde yacia
Como tigre que no acecha
Sinò cuando à su redil
La triste víctima llega.

Mas con las sombras la suerte
Un tiempo se viò serena,
Después amagante triste
Hoy horripilada seca.

¿Còmo en espantoso abismo
Con su faz temible hueca,
Invisible à los mortales
El desengaño se juega?

Este titan en su infierno
Ahoga luego las esferas
Que en audacia allà treparon
Do estan ilusiones nuevas.

De allí viene la renuncia
Colorada, à veces negra,
Un papelón en las manos,
A sus pies atroz culebra.

De allí yertos los poderes
Descendidos se despliegan,
Y en naciones no renace
La oliva que las cubriera.

¡Qué! Pálida, entristecida
Se arrebuja la belleza.

¿Qué tiene? Su frente dice:
Un desengaño me afrenta.

EL DEFINITORIO DE LA CONCEPCION
Y EL PADRE YEROVI.

Antes pues que el terrémoto
A Imbabura por la cola
Cogiese, y de cuatro enviones
La dejase en tierra tosca,
Administrador Apostólico
En Ibarra remolona
Yerovi cuyas virtudes
Y talentos dieran gloria
Al Señor que está en el cielo
Viendo las monjiles cosas;
Yerovi en Definitorio
Compuesto de siete monjas,
Se presentó cierto día
Sin ninguna ceremonia,
Y dijo *resuello* estaba
A plantear la gran reforma
De dar en arrendamiento
Todas las haciendas, todas
Que el monasterio tenía
Porque una renta pasmosa
Ofrecía aquel sistema
Sin trabajo y sin zozobra,
Mas que ellas no matarían
Por semana la res gorda
Ni ora del Abra el carnero,
Ni el chileno puerco ora,
Ni

Concluir no le dejaron:
Va una erudición no corta
Paseando por mamotretos
Citados hoja por hoja;
Una experiencia en Santiago
Arrendado en la bicoca
De seiscientos tan sencillos
Como la inocencia propia;
Un ejemplo que á la vista

De los arriendos se nota
En otros ricos conventos
Alzando voz clamorosa;
Una ambición vecindaria
Unida à la envidia torva
O al hambre que sobre todo
Sin limites se desborda;
Unas voces que se esparcen
En Ibarra à la redonda,
Diciendo que va à seguirse
La rapiña de Colombia.
Unas cajas destempladas,
Con harta risa sardónica
Y murmullo y cuchicheo,
Todo allí la cara roja
Dejó al buen Padre Yerovi,
Y arrancóle à la poltrona
Para que à firmar se fuese
Lo *resuelto* en fatal hora.

Desde entónces el sistema
De arrendamiento en faz loca
Vió la luz en triste Ibarra,
No de Yerovi *por obra*
Sino por inicuo influjo
De seculares personas
Que eran presa del demonio
Con quien trataban à solas.

¡ABAJO EL SISTEMA DE ARRENDAMIENTO!

En tiempos que àntes corrian,
Cuando el infierno su boca
Aun no abriera à arrendamiento
Provocado por personas
Que enriquecerse querían
Con la fortuna de monjas,

El monástico producto
De las haciendas de ahora,
Sin añadirles (aquí oigo)
Ni siquiera una mazorca,
Y através de los colmillos
De la pardusca langosta,
Sostonia con decoro
Veinticuatro religiosas,
(Número determinado
Por estatuto en reforma)
Y unas catorce criadas,
Amou de varias limosnas.
Pagaba a capellanía,
Cuyo servicio á honra
Por dos continuados lustros
Desompe ó mi persona,
Y á capellanía segunda,
Por si se hallase achacosa
O impedida la primera,
Renta competente ¡Ahl pomas
Do mistola, ¡ahl confitura
Que ou canasta anchá y honda.
Mandaba en dias solemnes
La Abadesa generosa.
Pagaba buenos salarios,
Nunca en papeles de moda,
A sinúmero conciertos
Cuya voz es daca y toma,
Y á muchisimos sirvientes
Los más de la vista torva,
Sin botín abetunado,
Ni levita ala de mosca;
Pero buenos, frequentosos,
No aficionados á bola
Sino á la antigua que corre
A darse bajo la sombra
De oscuro chilco entre espinas,
Una disciplina monda,
Confianto en afan ajeno,
Como quien no dice cosa,

Una escuela sostenía
 De niñas con renta gorda,
 No, no por que faltasen
 En el claustro religiosas.
 Aptas para la enseñanza
 Sino de gusto por sobra.
 Este gusto delicado,
 Este mismo con su toca
 Traido habría tres Hermanas
 De Caridad bienhechoras,
 Sin esperar que el Prelado
 Las trajera a Ibarra tonta.

Si ocurría una dolencia
 Grave ó de edad remolona,
 (Juvenil ó ansiana ahí van)
 Una aprehención dolorosa,
 Que era de todos los días
 Con excepciones muy pocas,
 Vengan los mundos parejo:
 Barberos oliendo a zorra,
 Entran con hoz y tenazas,
 Paño blanco a la joroba;
 Médicos los más famosos,
 De la más caliente moda,
 Siguen, el sombrero puesto,
 Hablando con la voz ronca,
 Con la más arrebatada,
 Con la que mejor emboba,
 Con un gesto, con un modo,
 Que ahí la enferma empeora.
 Entonces el esculapio
 Apenas el pulso toma,
 «Traigan, dice, a buen recado,
 La enfermedad es un cólera.»
 (Sirvenle papel, tintero
 Con tinta-agua de colonia;
 Pinte ó no la poca letra,
 La Farmacia se lo abona.)
 «Vayan pero a tal botica;
 Lleven una gran redoma;

Los polvos allí mezclarlos;
A punto se tome toda.»
¿Y el boticario? En un plato
De la balanza la droga
Uno y en el otro el oro,
Diciéndolo, las ricas monjas
Hon ricas.

Hon ricas dico el barbero
Con demparpajo y con sorna,
Lo mismo el medico docto,
Y astado sin punto y coma:
Aquí una dietas.....en pascua
Me envlarán una vacona
Y unas miselotas.....al arpa
No mentará la corva.

No digamos de la fábrica
Que hallaba la caja en forma,
Ni de ostraordinarios gastos,
Todos á pedir de boca.

¿Y del culto? ¡ay! atondido,
Da divino amor gran obra,
Cuánto brillaba, cuánto
Tonfa la mente absorta
Ora en fligрана y flores
Qto imitan aurea corola,
Ora en esparcida esencia,
Y en chisporreantes gomas,
Y en adornos del momento,
Y en el pré de quien exorna
Su sermon de treinta planas
Para tan menuda gloria.

Suena pues el neto cargo:
Cinco fundos á la gorda
Bajo buen clima y aperos;
Veinticuatro religiosas,
Y diez más cuatro criadas,
Y las mendicantes bocas;
Mil conciertos entre peones,
Cada cual con su peonza;
A veces dos capellanes,

Ambos con renta muy cómoda;
 Sirvientes que oscurecían
 Si bajaban por la loma;
 Médicos y boticarios
 Tenían parte en la bolsa;
 Una bien montada escuela
 Con unas niñas sabiondas;
 A Divinidad un culto
 Que brillaba como aurora;
 Una fabrica, unos gastos
 Extraordinarios sin norma.
 Ahora ¿qué sueña el descargo?
 ¿Qué se hizo suerte gloriosa?
 ¿Dónde fueron tantas almas
 Que daban al Señor honra?
 Cuatro expatriadas en Quito,
 Y en Ibarra, que no es corta,
 Tres de Caridad Hermanas
 Ni más siquiera una tórtola,
 Pero se vende terruño
 Y alhajas que son melcocha.

**LOS ESCOMBROS DEL TERREMOTO
 DE 1868.**

De escándalo y tristura son venero
 Estos escombros donde quier tendidos,
 Mas para autoridades serán cero
 Y otro y otro sobre un plan perdidos.
 ¡Ay que nos diera el cielo un magistrado
 Que el gran renacimiento promoviera
 De los templos en ruina, cuán de grado
 La gloria del Señor resplandeciera.
 Ved: à tu sombra en la suya envuelto
 Este pueblo ¡oh Garcia! de tu voz

Espera con afán de sea devuelto
El monasterio que quitaste á Dios.

Lo donas al Señor y lo deseas
Para subir al cielo, con el cual
La restitución tiene sus prosas
Tan empeñadas contra tí mortal.

¡Ved, ¡oh sombra tipo veneranda!
A tu donador salvarte ¿qué hace
La gran pléyade tuya? ¿por dónde anda?
¿O dónde en sueño pesaroso yace?

Si no vertu pensar en otro mundo
A indulencia sin fia te dejará,
Que aun lo que ven sus ojos en profundo
Perpetuo olvido pasa por acá:

Lo que comprende cuatro lustros serios
Desde el trastorno furibundo aquí,
Presenta entre fúnebres misterios
Los escombros que vemos aquí, allí.

Templos del buen Jesús la Compañía,
La Merced, San Felipe ¿dónde estan?
¿Dónde santo Domingo, ¿ó el de pia
Para Concepción, mi dulce ideal?

Volaron junto al viento que soplara
El pulmon del demonio en su dominio,
Y con su horrible mano levantara
La divisa que vése: el exterminio.

En ellos de tres siglos se agruparon
Generaciones que la fe cristiana
Reuniera, y sus cenizas ahí quedaron
Donde hoy el pie del hombre las profana.

Cinco escombros, ved, corriendo á ruina
Del juicio universal bajo del sol

De brazos poderosos que a divinidad
Voluntad no se acogen con fervor.

Esas reliquias que dóquier se vieron
Alzábanse, hace poco, en espiral,
Y no sufriendo su penar se hundieron
Para llorar adentro su hondo mal.

Sin corcados, repletas de basura,
De inmundicia, de flemo, dando horror,
Los brutos animalés con holgura
Han hecho en ellas perenal mansión,

Imbabura, Imbabura, vuestras faldas
Resbalad entre llamas de terror,
Ya volved al averno las espaldas,
Y cubrid las reliquias del Señor.

¡Ah! humanal recurso no se ha hallado
En pobre Ibarra! ¿Cómo en lucidez
El templo de Agustín está elevado
A las alturas de su propio ser?

¡Oh! Santa envidia tanto pudorosa
A la acabada iglesia del Señor
Del Amor, en que salta portentosa
La industria de Liborio en esplendor.

¿Que afanar tan prolijo quebrantara
El promontorio de cascote aquí,
Y en alta casa del Señor lo alzara?
Sólo el seglar Liborio puede, sí.

Al andar los caminos por desvelo
Trazados hasta el fin, una buena obra
Se debe... ella siguiera con anhelo
La voluntad de Dios que aquí nos sobra.

De pura Concepción lo que era templo
A par dé los escombros se ha perdido,

Y en el orden de cosas sin ejemplo,
No será restaurado de entre olvido.

Con el auxilio de los cielos debe
El máximo Convento levantar
Al de santo Domingo que aquí mueve
Las fibras del dolor sin descansar.

Al peso de cuatro arcos agoviada
Y de cuatro lustros para sí mortales
La iglesia de Mercedes sonrojada
No preve las memorias funerales

Del gran Pecillo noble y opulento
A quien de veras ama el radical
Y el conservador sólo en pensamiento
Que no se acusará como venial.

Y yace en escombradas una parte
De la más triste mísera ciudad,
Y ni cercados tiene, pues á parte
De la inacción se muestra la orfandad.

El camino á Esmeraldas como en trazo
Desde el decreto de Bolívar viene,
Sus seis décadas hace... sobre el brazo
Del poder impotente se detiene.

Aquel triste al Pailón, desde igual fecha,
Cuenta con ansiedad en los diez dedos
Ya empresas, ya esperanzas, ya deshecha
Por fin la compañía en mil enredos.

Con el ferrocarril ¡oh Señor! vieras
Se devanan los sesos de Imbabura:
No es obra de este siglo, aun las praderas
Disque no abren su seno á mies segura.

El que te quitó el sueño en carretera,
Este de Ibarra á Quito gran trayecto,

Es fangal, es derrumbo, es calavera,
Es cüesta espiral... todo en proyecto,

La via al Carchi, de entre principales,
La que à Colombia cortejando va,
Bajo tupidas selvas, pajonales,
Desiertos, precipicios aqui, allà.

¡Ay! todo /sombra de Garcia! todo
Como à tu partida dejaste ¡ay!
Se ve, y el patriotismo no halla modo
De dar un paso contra tanto mal.

En tiempo de congreso solamente
Se promete adelantos, y el cumplir
Al gobierno se deja, cuya mente
Se extravía en los senos del nadir.

LOS SANTOS EJERCICIOS.

De san Ignacio los brotes
La Tercera Parte aplazan
De esta obra para otro dia
En otras ligeras páginas.

Así decían dos hombres,
Y un dialogo resultaba
Que reproducirlo es justo
En la manera que pasa:

EL UNO

¡Entre cristianos libelos!
Al fuego, al fuego... la llama
Del infierno los consume
Con los que la honra atacan.

EL OTRO:

¡Libelos infamatorios!
 El que escribe, el que los guarda,
 El que lee, el que da à leer,
 Todos pecan à las claras.

EL UNO:

En el borde del abismo
 Se ven esas pobres almas
 Libelistas, Dios se apiade,
 Y las acorja en su gracia.
 Si el anónimo demonio
 No les ocha à la garganta
 La irremisible cadena
 Que à los infiernos arrastra,
 Los aguardan de los santos
 Ejercicios dos semanas,
 ¡Ay de pobres libelistas!
 Allí se verán las caras.

EL OTRO:

Son dias de sufrimiento
 Con relieve de esperanza
 Para que buenos y malos
 Pionsen en la eterna patria.

EL UNO:

Con la voz de la elocuencia
 Y el recogimiento y calma
 Y el silencio viene unida
 La luz de divina gracia.
 Un paso más: compungidos
 Pedirán à Dios la llama
 De contrición lacrimosa,
 Mas volverán à sus casas.

EL OTRO:

¿Será con esto decir
Que de ejercicios se saca
Ver que el tiempo es presuroso
Y que en desgaste va el alma?

EL UNO:

Lo tal no intento, si digo
Que en buen agüero fundada
Corre la opinión siguiente
Con una muy buena traba:
De las dos terceras partes
De Cánónigos la vaga
Salud de los ejercicios
No puede disponer nada.
Seis asistirán al coro,
Tres andarán en la cama
Como ancianos, esto es justo,
En canónica balanza.

EL OTRO:

Hoy por hoy en que vacantes
Dos sillas enteras se hallan,
Y el Arcedianato en ciernes....
Dos teceras partes... ¡vaya!
Mejor será, compañero,
Que cosas de esta calaña
Dejemos a las conciencias
De ejercitantes almas.
Dijo, y por el Derrumbe
Al otro que no callaba,
Encaminó en pos de sombra
Que no lejos se derrama.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

INDICE DE LA SEGUNDA PARTE.

Guandolencia	página.	60
Introducción	61
Los Arboles	65
El Acta Municipal de 1873	68
El Monasterio antiguo de la Concepción	75
La Esperanza	83
El noviciado, la desunión y el susurro	88
La Vocación	92
El Nuevo Monasterio y la bajada de las monjas á Ibarra	94
Al Imbabura	101
Cosas del pueblo	103
Cosas de Monjas	108
Al otro día. Consejos á las niñas	111
La oposición en los conventos	115
La desunión y el susurro	117
El fiscal	122
A la juventud	123
La fundadora	124
La imagen de san José	127
El consejo y el pie al estribo	129
El Adios del Angel Custodio	134
Conjeturas	135
Cancion del demonio en Pisque	136
Varias voces	138
La bienvenida	140
Himno del demonio Susurron	142
Las mentidas esperanzas	143
La casa del monasterio deshecha	150
La impiedad	152
El Defuntorio de la Concepción y el Padre Yerovi	155
¡Abajo el sistema de arrendamiento!	156
Los escombros del terremoto de 1868	160
Los santos ejercicios	164

DE ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE	LEASE
66	32	cortigos	cortijos
68	30	paresida	parecida
75	21	El monasterio	El monasterio
„	„	de la Concepción	antiguo de la
„	„	„ „ „	Concepción
100	17	esa	era
125	40	Tívias	Tibias
126	7	tivio	tibio
131	34	¿Porque el averno	Porqué el
„	„	„ „ „	sepulcro
137	36	Y al mundo	Y al mando
149	12	Porqué	Por qué
156	11	La rapinia	La rapiña
162	7	<i>Sim corcador</i>	<i>Sim cercador</i>



